

LA PROTESTA

SUPLEMENTO QUINCENAL

AÑO VIII
N.º 302

BUENOS AIRES, MARZO 18 DE 1929

20 Centavos
El ejemplar

PORTE PAGO



EL DERECHO A JUZGAR

¿Quién ha valorizado esa concepción bizarra que sostienen muchos compañeros, de que no tenemos derecho a juzgar, a censurar los actos ajenos con los cuales no estamos de acuerdo? Reflexiónese un poco al respecto y se verá lo que en esa pretensión hay de absurdo, de descabellado, de contradictorio.

¿Si lo que reclama el anarquismo es el libre examen, en oposición al monopolio de la verdad que se atribuyen los fuertes; si lo que queremos es tener el derecho y la libertad de decir siempre y en todas las circunstancias nuestro pensamiento!... ¿En nombre de qué principio teórico o táctico hemos de renunciar a esa aspiración, negando así una de las piedras angulares de la filosofía anarquista? Al contrario, tenemos un derecho absoluto, inalienable, a juzgar la conducta ajena, a censurar lo que consideramos censurable, a combatir lo que encontramos improcedente y malo. De lo contrario, si cometemos el gran absurdo de renunciar a ese derecho en un sentido, tendremos que aceptar como lógica la prohibición que se nos impone capitalista y estatalmente en otro. Es decir, si en honor a una caricatura de anarquismo superhombrita renunciamos a censurar los actos censurables de los que se dicen compañeros, con el pretexto de que nadie debe ser juez de nadie, nos inhabilitamos moralmente para ser jueces de los actos de nuestros enemigos, la burguesía, el Estado, la iglesia. ¿Se comprende a dónde nos conduce la cómoda teoría que niega el derecho a juzgar?

Casi toda la literatura anarquista de propaganda se reduce a una acusación irreducible contra el régimen en que vivimos; ese régimen se descompone en acciones inmorales, antihumanas, antisociales de los privilegiados contra las grandes masas de los desposeídos. Si es que no tenemos derecho a juzgar los actos ajenos, ¿cómo es que hemos basado toda la acción proselitista del anarquismo sobre el juicio más abrumador contra la sociedad burguesa y sus sostenes en todos los terrenos?

No hay acto que sea susceptible de escapar a nuestra apreciación, sobre todo si tiene repercusiones sociales, que afectan a otros que

al propio actor. Pero aun en el caso de que un acto no perjudicase ni afectase a nadie más que al que lo ejecuta, tendríamos perfecto derecho a someterlo a nuestros juicios de valor, a nuestra interpretación de las cosas, a nuestro modo de entender la vida. Es verdad, si reclamamos para nosotros ese derecho, como anarquistas no podremos rehusarlo a nadie; como nos permitimos juzgar todos los actos ajenos, tenemos que exponernos a que sean juzgados nuestros propios actos. Y así ocurre en efecto, así ocurrirá también en lo sucesivo, y sobre esa base de libre examen para todos edificaremos el mundo moral del porvenir.

Con la misma poca lógica se ha intentado combatir por sofistas del equívoco y de los juegos de palabra, nuestras exhortaciones a la labor responsable, es decir a la obra tras la cual no se oculta el actor como un delincuente que se avergüenza y teme el justo repudio. Se llega a afirmar y a exaltar la teoría de la irresponsabilidad como norma de conducta. Naturalmente, semejantes barbaridades son de esos frutos efímeros que no tienen arraigo ni siquiera en quien las proclama; pero aun en el caso de que las circunstancias hicieran creer aceptable provisoriamente esas teorías, iríamos directamente a la negación de la anarquía, que quiere instaurar un régimen social en donde el hombre libre tendrá por norma justamente el más profundo sentido de la responsabilidad, sin la cual, en una cierta medida por lo menos, no sería posible ninguna sociedad. Dentro de la sociedad capitalista y estatista se tiene la ley y el gendarme para exterminar y sofocar todo pensamiento de subversión, es verdad; pero también como contrapeso de la irresponsabilidad. Sabemos que esto último lo es sólo en teoría, porque en la práctica los males que la ley y el gendarme y el juez tienen la misión de combatir, reciben nueva vida a causa misma de la existencia de esa ley, de ese gendarme y de ese juez, como en el caso de los empleados encargados en Francia del exterminio de los lobos.

Pero aun siendo así, todos los partidarios del régimen presente justifican las instituciones

represivas judiciales diciendo que los hombres no saben conducirse sin ayuda de esos andadores, de esa tutela. Es decir, se quiere justificar la existencia de la tutela autoritaria diciendo que el hombre no sabría comportarse socialmente, es decir responsablemente si fuese dejado a su libre arbitrio. Nosotros replicamos que el hombre puede vivir sin leyes, gendarmes y jueces, por el sentimiento de responsabilidad que se despierta en la vida libre espontáneamente. La anarquía es, pues, una doctrina que eleva a su más alto grado el sentido de la responsabilidad y que busca en ella el sustituto de todo el régimen opresivo que sufrimos. Por

tanto, defender el irresponsabilismo es trabajar directamente en favor de la clase dominante y explotadora, es conspirar contra el ideal de la revolución de la libertad, como sostener que no tenemos derecho a juzgar los actos ajenos equivale a propiciar la teoría del silencio frente a Mussolini, a Primo de Rivera, a Ibáñez, a Leguía, etc., etc.

¡No, dejemos a un lado los absurdos, los juegos de palabras, las acrobacias sofisticadas para defender lo que no puede defenderse lógicamente! Así nos entenderán todos y nos entenderemos también nosotros mismos.

LUIS FABBRI

La función del anarquismo en el progreso social

Sea que consideremos el anarquismo como tendencia hacia la absoluta y completa liberación del hombre de todas las coerciones autoritarias, sea que lo consideremos como programa de actuación práctica relativa de sus principios, puede realizar y realiza desde ahora una función específica propia en el movimiento social.

Pero es preciso agregar que tampoco esta función actual, a su vez, puede ser guiada más que con un sentido de relatividad; no podrá reflejar nunca el ideal absoluto que la guía y hacia el cual tiende, y será forzada a ser siempre relativa al ambiente, a los hombres que la realizan, a las circunstancias, a los medios y a las mismas tendencias adversarias contra las que se desarrolla.

Si los individuos y los grupos anarquistas, siempre que deben descender a la acción práctica, se rehusasen a hacerlo porque no es la completa aplicación de los postulados del anarquismo y no se propone la realización del programa anárquico, serían condenados a la completa inmovilidad del faquir que contempla su ombligo; permanecerían eternamente cerrados en su mística torre de marfil y poco a poco perderían todo contacto con el mundo exterior. No ejercerían ya ninguna influencia sobre el proletariado, sin el cual no hay revolución posible, y acabarían, dado que los anarquistas son hombres ligados a la vida como los otros, por dejarse vencer por las necesidades brutales de la vida y por hacerse reabsorber por el ambiente: acabarían, en una palabra, por agotarse completamente. Y el anarquismo no sería más que una espléndida visión filosófica, que nuestros nietos volverían a encontrar sólo en los polvorientos volúmenes de las bibliotecas.

Pero como las razones de la vida son más fuertes que las preocupaciones doctrinarias, eso no ocurrió. Son demasiado tenaces la tradición y el espíritu

revolucionario de los anarquistas, para que éstos puedan satisfacerse constituyendo solamente una escuela de metafísicos discutiendo eternamente sobre el yo y el no yo, sobre el egoísmo y el altruismo, y sobre lo que será la humanidad dentro de diez mil años. Eso no ocurrió, hemos dicho; pero con eso no hemos dicho que todos los anarquistas tengan un justo sentimiento de relatividad, que es necesario para no hacer confusa, desordenada, incoherente y a menudo contradictoria la propia acción. Ocurrió con frecuencia, al contrario, que no pocos anarquistas, precisamente por querer ser demasiado afectos a la letra de la fórmula rígida y absoluta del anarquismo, acaban por ceder al ambiente y a las circunstancias mucho más de lo que sería necesario y por caer en las peores y nefastas contradicciones: es decir por ir hacia atrás en lugar de avanzar hacia el punto ideal de llegada.

Una experiencia ya treintenaria, realizada en medio del movimiento anarquista y obrero nos ha demostrado que aquellos anarquistas que no conciben el anarquismo más que como un rígido absoluto que no sale de los propios grupos y periódicos de propaganda, cuando son impulsados, por las necesidades de la vida o por la necesidad de obrar y de participar en el movimiento exterior, no sólo no desarrollan ya una acción relativamente anarquista, sino que, como para ellos el anarquismo está fuera de la vida, en la vida práctica se ponen ellos mismos fuera del anarquismo, es decir se colocan enteramente contra los propios principios: o, en las manifestaciones públicas, se adosan a los peores políticos burgueses y sirven de escabel a los arribistas; o bien, en las organizaciones obreras, se agregan a los reformistas, les dejan hacer, contentándose con decir mal de ellos en el propio periódico o en el seno de los grupos, sin tener la fuerza o la voluntad para carcomer sus posiciones

y combatir su influencia en el terreno de la lucha. Y todo esto, sin darse cuenta de ello siquiera...

Más afortunados, en apariencia, son los que no hacen nada, y se limitan sólo a criticar la acción ajena. Estos consiguen hallar siempre el pelo en el huevo en lo que los otros hacen; para ellos ningún militante, aunque sea anarquista, que viva en el movimiento activo es un "verdadero" anarquista, un revolucionario "consciente". Se sabe: el que hace falla, y el que no hace nada, no se equivoca nunca. Pero ellos no se dan cuenta de que el más grave error para un revolucionario es la inactividad.

No nos preocupemos aquí de saber si esos anarquistas, — tanto los que... no hacen nada, como los otros que por un fiero dogmatismo de capilla facilitan e incluso ayudan la obra de los adversarios, — son muchos o pocos. Repetimos que no queremos analizar y criticar el movimiento anarquista, sino sólo exponer sus características y expresar su función, relativa al objetivo de su programa.

La acción anarquista no puede ser "anárquica", sino, ante todo, con relación a los hombres que la llevan a cabo. Es una relatividad a que los anarquistas, como todos los seres vivientes en mayor o menor grado en sus varias formas de actividad, tienen que someterse forzosamente. ¿Existe quizás el anarquista perfecto, es decir que vive y obra perfectamente según sus ideas? Hacer la pregunta y responder negativamente es la misma cosa. Ocurre a menudo en efecto que los anarquistas se reprochan mutuamente el no obrar "conscientemente". Y tal reproche se les hace no raramente incluso por adversarios, que se vengan de ellos acusándoles de los defectos de que ellos no saben libertarse. "El hacer eso no es propio de anarquista consciente", suele decirse.

¿Pero hay tal vez un modo exacto de medir la conciencia política? Se es anarquista por impulso espontáneo de libertad y por convicción teórica, o por espíritu revolucionario, o por disconformidad ante las propias miserias, o por un elevado amor a la humanidad, o por sentimiento de justicia, o por odio a la sociedad burguesa, etc., o por muchas de estas razones; pero raramente por todas ellas al mismo tiempo. Y es natural que cada cual falle allí donde le falta uno de los impulsos determinantes del estado de su conciencia.

Si además fuese posible una perfecta conciencia interior en el anarquista, en todos los anarquistas, su acción debería siempre ser relativa al ambiente. Entendámonos: como el hombre debe saber reaccionar hasta donde puede contra sí mismo y corregir todo lo posible las propias deficiencias, así debe resistir al ambiente circunstante y rebelarse contra sus malas sugerencias, según los dictámenes de su conciencia. ¿Pero es tal vez posible eso de un modo absoluto? No ciertamente, en especial para aquellos que, como los anarquistas, son una minoría demasiado pequeña respecto a los otros, enemigos, adversarios, indiferentes. Si eso hubiera sido posible hasta aquí, la revolución habría ya llegado.

Sin embargo, si reaccionamos sobre el ambiente, el ambiente obra sobre nosotros, contra nosotros, y determina muchas de nuestras acciones, sea en la vida común como en la lucha, algunas de las cuales en el fondo no son anarquistas. Pero renunciar a obrar, por temor a errar bajo la influencia del ambiente, significaría renunciar a la lucha y a la vida. Lo que, sin embargo, nos distingue en esto de todos los demás, es que nosotros sufrimos el am-

biente intentando continuamente rebelarnos contra él, mientras los otros se adaptan a él.

Además de correlativa a los hombres que la realizan y al ambiente en que se desarrolla, la acción anarquista lo es también frente a las circunstancias y a los medios de que dispone. Hay circunstancias en que, dados los medios de que se dispone, en vista del objetivo final, se es constreñido a obrar parcialmente en contraste con las propias tendencias íntimas. Sin querer decir que el fin justifica los medios, porque una máxima tal conduciría a justificar actos que repugnan absolutamente a nuestra conciencia y a los cuales no nos adaptaremos nunca, lo cierto es que a menudo nos encontramos obligados a dejar a un lado de la balanza — al medir nuestras acciones, — lo que éstas pueden tener de poco coherente o de defectuoso, y por el otro lado lo que pueden dar de utilidad a nuestra finalidad y lo que pueden tener de bueno. Y entonces el acto voluntario de nuestra elección es en sí conscientemente anarquista.

Ocurre a menudo además que la acción de los anarquistas tiene que desarrollarse en sentido relativo, frente a la acción extensa de los adversarios. No teniendo presente ésta, no sólo se está seguros de ir al encuentro de incalculable derrotas, sino que más de una vez se corre el riesgo de convertirse en instrumentos inconscientes de los peores enemigos. El mundo no progresa sólo por medio de los anarquistas, y las mismas tendencias anarquistas no se abren camino moralmente y particularmente sólo por virtud de los anarquistas. Con frecuencia grupos partidos, organizaciones adversas al anarquismo realizan obra sustancialmente útil a los fines anarquistas, aunque en las motivaciones y en los detalles tal acción parezca incoherente con ellos. Sin plegarse a los demás, participando en aquellas formas de acción que más se aproximan a sus métodos, los anarquistas deben saber elegir el modo y el momento de obrar, a fin de que los otros progresos y movimientos favorables a ellos no sean impedidos, sino solamente corregidos por su acción paralela y por su participación.

Comprendemos que esta especie de teorización del relativismo en lo que respecta al movimiento anarquista, si es tomada demasiado formalmente, puede ser mal interpretada y conducir por una pendiente, en el fondo de la cual se podría hallar modo de precipitarse en el más deletéreo oportunismo. Pero esperamos que el lector sabrá ver más allá de las pobres palabras, con las que nunca sabremos expresar demasiado bien nuestro pensamiento. Esto de que hablamos es el relativismo de la lucha y de la rebelión, no de la adaptación; es decir, es la práctica vivida y combativa del ideal, que cuenta también con el interés para hacer de él palanca con que mover el mundo, pero que en sí permanece del todo desinteresada. Para entendernos y explicarnos mejor, observamos el movimiento social en medio al cual los anarquistas se agitan y obran; y la simplificación servirá mejor para deshacer los equívocos y hacernos entender mejor.

Ya hemos señalado más arriba la función de los grupos anarquistas para la propaganda y la acción. Aunque por tratarse de grupos de afinidad ideal y no determinados por verdaderos y propios intereses, en su seno es menos fácil el desarrollo de tendencias autoritarias; sin embargo, también allí es casi imposible evitarlas de modo absoluto. Si una

organización formal en partido podría desarrollar algunas, la falta de una organización general engendra otras.

Habitualmente los individuos más activos, más emprendedores, los que mejor pueden disponer de su tiempo, o los que tienen más medios a su disposición, especialmente aquellos que desarrollan ciertas funciones dadas — periodistas y oradores, por ejemplo, — acaban por ejercer sobre los otros una autoridad moral que muy a menudo se convierte también en material. ¿Quién puede negar, entre otras cosas, que en el movimiento anarquista el redactor o compilador principal de un periódico ejerce sobre el movimiento anarquista una verdadera y propia autoridad? A pesar de eso, los anarquistas no renunciarán, ciertamente, por querer ser anarquistas de manera absoluta, a la función anarquista en sentido relativo de los grupos de propaganda, de los periodistas y oradores y agitadores de su movimiento.

Lo que importa es que el resorte principal de la acción sea el ideal; que tanto los unos como los otros estén unidos por el tácito consentimiento en el trabajo común y soporten voluntariamente las deficiencias en el intento de servir a la causa; pues si el ideal absoluto no es prácticamente accesible, que cada cual trate de acercarse a él con intelecto de amor lo más que sea posible, sin renunciar nunca a la acción.

En las luchas por fines determinados, por determinadas reivindicaciones de libertad, o por la defensa de ciertas libertades adquiridas, los anarquistas se encuentran con frecuencia, automáticamente, al lado de grupos e individuos que no están completamente de acuerdo con ellos, independientes y pertenecientes a otros partidos o fracciones. Estos últimos tendrán también otros fines, diversos y a veces discordantes de los fines anarquistas; su obra no podrá estar, por tanto, más que en sentido relativo sobre la directiva anarquista. Pero eso no impedirá a los anarquistas cooperar con ellos, aunque sea separadamente y sin pactos pre-establecidos, en aquellas acciones determinadas por las cuales la causa general de la libertad puede ser beneficiada.

Voluntarios de la libertad, los anarquistas acuden a todas partes donde hay una libertad que defender y que conquistar. Solamente que ellos combaten con medios propios, con métodos que no están en contradicción con sus propias directivas libertarias y revolucionarias, libres de compromisos, y desinteresadamente, permaneciendo siempre en su calidad de anarquistas — prontos a levantarse contra los aliados ocasionales, apenas éstos, por sus objetivos especiales, hiciesen además de dar máquina atrás y de obrar contra la causa de la libertad.

De ese modo es siempre posible una suficiente armonía entre la tendencia idealista y el sentido de relatividad, ambas necesarias en la lucha.

Pero donde se puede examinar mejor esta relación entre el absoluto ideal y lo relativo práctico es en el movimiento obrero, que caracteriza tan agudamente casi todo el movimiento social actual de las grandes masas. Nosotros hemos dicho ya las razones tendenciales y las razones derivadas de su programa de partido, por las cuales los anarquistas se adhieren y participan en la casi totalidad, directa o indirectamente, en las luchas económicas del proletariado organizado para la propia emancipación. Pero, tratándose de un movimiento determinado no por comunidad de ideas, sino sólo por la casi comu-

nidad de intereses, el valor de las doctrinas especiales en su seno es mucho menor que en las otras agrupaciones; de aquí la necesidad para él de dejarse guiar por un sentido de relatividad mayor también. Y hasta debe hacerlo en tal medida que podamos sin más afirmar que los fines de la organización proletaria no se identifican en modo alguno con los del anarquismo.

Pedro Kropotkin, hace algunos años, en una carta, dada después a la publicidad, a un grupo de estudiantes anarquistas parisienses, que publicaban un folleto sobre la obra de los anarquistas en los sindicatos, desarrollaba consideraciones que nos parecen muy justas y por tanto merecedoras también ahora de ser resumidas.

"Ciertamente, al entrar en los sindicatos, — decía Kropotkin —, los anarquistas hacen concesiones, como las hacen con las prácticas legales para hacer salir un periódico, al pedir a las autoridades el permiso para un mitin público, al firmar un contrato para una cooperativa, etc. Se hacen concesiones que son menores de lo que generalmente se cree, pero se hacen, no podemos negarlo. Entrando en la vida sindical nos dejamos ciertamente influir por el ambiente, como en el parlamento. Pero hay una diferencia, y consiste en esto: que mientras el parlamento es una organización para la conservación del Estado y de la autoridad, el sindicato es una organización de lucha contra el capital. Este se vuelve alguna vez revolucionario, el otro no lo es nunca. El parlamento representa la centralización, el sindicato representa la autonomía, etc., etc. El parlamento nos repugna en línea de principio, mientras el sindicato no es más que un aspecto modificable y a modificar de una lucha que la mayor parte de los anarquistas aprueban".

Que es preciso doblegarse a ciertas concesiones, en vista de los resultados revolucionarios que se esperan de ellas, está bien; pero, agrega Kropotkin, "tratar de ideólogos a aquellos que constatan que se hace una concesión, no es justo y ni siquiera justificable; sin esos ideólogos se os fustigaría todavía en prisión, como ocurre en Inglaterra". Kropotkin alude al uso legal de la fuerza, abolido en Francia y en otras naciones. El ejemplo vale por lo que vale, como explicación de un concepto, pues el hecho en sí de la fustigación de detenidos y presos, aunque sea ilegal, continúa en las comisarías y en las prisiones francesas, italianas, españolas, etc.

El ideal absoluto, hacia el cual debe ser continua también la tensión cuando somos forzados a una práctica relativista, tiene una función esencialmente vital para los partidos revolucionarios, para los partidos de porvenir, especialmente para los anarquistas que, no nos cansamos de repetirlo hasta la saciedad, esperan su triunfo de toda la revolución y no de las escaramuzas parciales, no de las reformas y de los mejoramientos inmediatos y limitados, — los cuales no son de despreciar, pero no constituyen el ideal a alcanzar, ni siquiera respecto de aquella parte de su realización que puede ser posible desde ahora.

Entrando en las organizaciones obreras y permaneciendo en ellas, los anarquistas que tienen de la

organización y de la vida asociada un concepto enteramente propio no dividido integralmente por ningún otro partido, y que también en medio de las fracciones más avanzadas de la clase trabajadora constituyen una minoría, — y minoría serán siempre, especialmente en los períodos de calma y de preparación, hasta el día de la revolución, — no pueden sin disminuir y sin quitar mucha eficacia a la propia acción, convertirse en los exponentes "artificiales" de la mayoría.

Ocurre a veces que por simpatía personal, o por méritos superiores, o por una mayor actividad, y también por reacción contra los errores ajenos, los anarquistas son solicitados para ponerse a la cabeza de ciertas organizaciones, son llamados a dirigirlos y a guiarlos, a asumir la responsabilidad de su orientación general. Y bien, aun no queriendo dogmatizar ni excomulgar a quien cayese en tal invitación, pensamos que para los anarquistas la aceptación de tales encargos (especialmente si se trata de grandes organizaciones, federaciones o cámaras del trabajo) es peligroso, no sólo desde el punto de vista de la coherencia con sus ideas, siendo desde el de la causa misma de la revolución y del movimiento general.

Se comprende por qué este peligro es mucho menor, y a menudo no existe, en las pequeñas organizaciones. En ciertos organismos o sindicatos que cuentan poco más de un centenar de personas, y a veces pocas decenas, es posible que una fuerte mayoría acabe por estar completamente de acuerdo con los anarquistas. Pero entonces la asociación o sindicato se transforma en verdadera y propia asociación idealista, es decir unida por comunidad de ideas más aún que por comunidad de intereses. Eso explica, en parte por qué las pequeñas organizaciones son habitualmente las más revolucionarias. Pero la cosa es absolutamente imposible o al menos difícilísima para las vastas asociaciones de millares y millares de personas, sean de un mismo lugar, sean regionales, sean nacionales.

La organización obrera, precisamente porque es una organización sobre todo de intereses, tiene mayor tendencia a seguir la ley de la adaptación al ambiente y la ley del menor esfuerzo. Como la mayoría de los obreros, incluso de los organizados y hasta de aquellos que se creen más avanzados, no está nunca enteramente de acuerdo con los anarquistas y a menudo es llevada por la necesidad y por las circunstancias a entrar en pactos con la burguesía, aquellos anarquistas que se hubiesen convertido artificialmente en los exponentes de tal mayoría, serían colocados de continuo en una encrucijada dolorosa y embarazosa: o perjudicar momentáneamente los intereses impelentes de los obreros y forzarlos con la autoridad de la organización a hacer lo que en el fondo no quisieran hacer, o traicionar el propio objetivo revolucionario y ponerse en contradicción con la propia conciencia (1).

"Preocupación de doctrinarios y de teóricos" se dirá. Puede ser que así sea; pero es también una preocupación de índole práctica. Porque cualquiera de los dos caminos señalados que se elija, siempre se acabará por disminuir más o menos la propia influencia sobre las masas. En el primer caso los intereses momentáneos heridos pondrían muy pronto a los anarquistas en la condición de tolerados, y reaccionarían contra éstos haciendo escuchar menos su voz; en el segundo caso los anarquistas perderán frente a la masa su prestigio de hombres de conciencia y sublevarán contra ellos las minorías más in-

transigentes. En un caso y en otro perjudicarán al mismo tiempo el interés de las ideas y el interés del movimiento. Es preciso también pensar en efecto que, teniendo los anarquistas un programa aceptado sólo por una minoría, serán poco apropiados para hacerse verdaderamente útiles, siempre, a las necesidades materiales y contingentes de la mayoría; para hacer esto habría que identificarse con las ideas e intereses inmediatos de la mayoría, y por tanto renunciar a la propia esencia anarquista y revolucionaria.

Peor aún sería si los anarquistas llegasen a la dirección de las organizaciones obreras, no por el impulso general de las masas, por su voluntad — aunque fuese una voluntad determinada por causas extrañas a la adhesión a las ideas del anarquismo —, sino que llegasen imponiéndose autoritariamente, con la violencia o con las mil intrigas de carácter... parlamentario, que sin embargo son adoptadas muy a menudo incluso en el seno de asambleas y reuniones de las asociaciones de oficio. Tarde o temprano los anarquistas serían víctimas de los mismos medios que hayan adoptado; y mientras permanecerían los mismos inconvenientes más arriba deplorados, se añadiría el de poder ser puestos bellamente a la puerta.

(1) Sé que sobre este argumento no están de acuerdo conmigo algunos compañeros de tendencia sindicalista (especialmente en Rusia y en Alemania), y otros que son partidarios de las formaciones sindicales netamente anarquistas. Pero prácticamente están menos lejos de mi concepto de lo que puede parecer a primera vista; o por lo menos, siempre en el terreno práctico, yo no estaré lejos de ponerme de acuerdo con ellos. Pero queda siempre la divergencia de valorización teórica, de principio, sobre lo cual es inútil volver aquí una discusión ya desarrollada suficientemente otras veces.

NOVEDADES DEL GATO CON BOTAS



—¿Cómo es posible que una muchacha tan gorda y sana como tú vayas a recrearte en las vacaciones, mientras esta otra enfermiza tiene que quedar aquí?

—Lo que importa no es quién tiene necesidad realmente de las vacaciones, sino si el padre puede pagarlas.

—El gato con botas: —Eso no lo entiendo...

D. A. DE SANTILLAN

RIQUEZA Y MISERIA

El profesor alemán Julius Hirsch ha escrito esta frase en su librito "Neues Werden in der menschlichen Wirtschaft" (1927): "Las tres o cuatro generaciones que han pasado por la tierra desde hace cien años, desde que la primera locomotora silbó sobre los rieles de hierro, han producido más en valores de capital, han puesto más productos del trabajo al servicio de la humanidad que las 57 generaciones anteriores que se sucedieron desde el nacimiento de Cristo"...

Si no examinamos ese pensamiento en detalle, si nos contentamos con su afirmación general, nadie que conozca relativamente el desarrollo de la vida económica y de la capacidad productiva del hombre puede poner en duda la profunda verdad que contiene.

En efecto, la capacidad productiva de la humanidad se ha agigantado en tal forma que toda comparación con la de tiempos anteriores al maquinismo, no haría más que producir un intenso contraste. Los tiempos en que el esclavo humano era empleado en las tareas de la producción, desde el punto de vista estrictamente económico, no alcanzaban, ni siquiera hasta el punto de permitirnos una comparación, el grado de rendimiento que alcanzaron los tiempos actuales en que el esclavo humano, legalmente al menos, fué sustituido por el aparato técnico y mecánico.

¿Pero quiere decir eso que el consumo general y el bienestar de la humanidad estén en la relación que habría derecho a suponer después de aceptado en conjunto el pensamiento del profesor Julius Hirsch? El problema cambia de aspecto. No creemos que las 57 generaciones que transcurrieron desde el nacimiento de Cristo hasta la invención de la locomotora hayan conocido más privaciones, más mal-estar, más dolor, más injusticias que las que conocieron las tres o cuatro generaciones que se sucedieron en el curso del último siglo.

El nivel de la productividad no está en relación con el bienestar general de los pueblos y sólo es índice de la riqueza y la superabundancia de los privilegiados; por eso nosotros, los revolucionarios, los anarquistas, pretendemos la instauración de un régimen social y económico que establezca un mayor equilibrio entre las fuerzas productivas, el reparto de los productos y el bienestar de todos.

Hay en New York una calle, la Park Avenue, donde habitan alrededor de 2.000 millonarios; su fortuna se calcula en 3.000 millones de dólares. El apolo-gista de la sociedad burguesa puede cantar en esa calle himnos a la magnificencia, a la abundancia, al lujo, al bienestar. Pero no lejos de allí puede tropezar con una población, no inferior a dos millones de personas, que viven al día, que no saben por la noche si tendrán qué comer al día siguiente, que conocen todas las privaciones, que lindan con el hambre, que dependen de un salario inseguro, etc. Sólo con lo que se llama el pauperismo refugiado en la gran ciudad de New York, se podría formar una gran ciudad de varios centenares de millares de habitantes.

No, no hay proporción justa ni humana entre la capacidad de producción y el consumo general, como no la hay entre el oro en que nadan los habitantes de Park Avenue y el par de millones de obreros en la miseria o que viven en la mayor inseguridad a pocos metros de distancia.

Diríamos, al contrario, que el desarrollo económico y social ha hecho más irritantes los contrastes entre la riqueza y la miseria, entre la abundancia y la penuria.

Y esos contrastes se advierten por doquiera. Todos saben que vivimos en una época de depresión proletaria; los salarios han caído en toda la línea, al menos en relación con el costo de la vida, las condiciones de trabajo han empeorado. Ahora bien, justamente en contraste con ese espectáculo, con ese cuadro desolador, tenemos la contraparte: un acumalamiento inaudito de riquezas por parte del capitalismo. Las ganancias del capital son hoy mucho mayores que nunca. La prosperidad de las grandes empresas es proverbial. Bástenos un solo ejemplo: la Standard Oil Company ha repartido en el cuarto trimestre de 1928: 64.877.432 dólares de dividendos; en el curso del año pasado ha repartido entre sus accionistas más de 220 millones. Si nos tomásemos el trabajo de investigar la suerte de los obreros de la Standard Oil Company, advertiríamos entre las grandes sumas de los dividendos repartidos y los salarios pagados el mismo contraste que entre la Park Avenue y la gran población obrera que vive en la miseria en New York, el mismo contraste que entre

la productividad de los últimos cien años comparada con la de los siglos que transcurrieron hasta la invención de la locomotora desde el nacimiento de Cristo.

¿Qué significan los pobres brazos de los esclavos antiguos en comparación con los esclavos modernos de hierro y acero? Se calcula en Alemania, entre obreros, empleados, mujeres que trabajan, servicio doméstico, 23 millones de personas que viven de sus servicios en el aparato industrial de producción. Pero la energía de esos 23 millones de hombres y mujeres representa una cantidad mínima en comparación con la energía mecánica desarrollada por las máquinas y motores diversos.

En 1917 había en las diversas industrias motores primarios que desarrollaban 6.223.500 caballos de fuerza, motores eléctricos que desarrollaban un total de 1.522.600 caballos de fuerza; en 1925 los primeros desarrollaban 6.031.400 caballos de fuerza y los segundos 11.625.300.

Un caballo de fuerza o de vapor es la energía necesaria para elevar en un segundo a un metro de altura un peso de 75 kilogramos.

Siguiendo en el ejemplo, he aquí los caballos de fuerza que corresponden a cada 100 obreros en algunas industrias, en 1907 y 1925:

	1907	1925
Minería, salinas (y establecimientos combinados con la minería)	224	486
Industria de la piedra y de la tierra	68	138
Obtención de hierros y metales	252	601
Fabricación de artículos de hierro, acero y otros metales	35	63
Construc. de máquinas, aparatos, etc.	40	118
Electrotecnia, mecánica fina, óptica	30	76
Industria química	108	302
Industria textil	80	107
Industria del papel y gráfica	104	170
Industria del cuero y del linoleum	42	94
Industria de la madera	49	108
Industria alimenticia	86	127

Tomando por base esas industrias y el año 1925, tenemos casi un caballo y medio de fuerza aproximadamente por cada obrero, o lo que es lo mismo el equivalente de la energía de varios esclavos. No es preciso decir que desde 1925 a la fecha la cantidad de energía mecánica por cabeza en la industria se ha acrecentado considerablemente.

En 1924 se produjeron en Alemania más de 14 mil millones de kilowatts horas. El kilowatt es la energía eléctrica necesaria para elevar en un segundo 34 kilos a tres metros de altura; el kilowatt hora supone la manipulación de 367.000 kilos. Se calcula que el trabajo anual de un hombre es aproximada-

mente, en energías eléctricas, de 100 kilowatts-horas. Compárese esta cifra con los 14.000 millones de kilowatts-horas producidos en Alemania en 1924, o con los 80 millones producidos por los Estados Unidos en 1926.

En Estados Unidos por cada obrero había en 1925 4.3 caballos de fuerza; en 1919 había 3.30; en 1904 no había más que 2...

Un notable estadístico, Wladimir Woytinsky, de cuyos artículos en "Die Gesellschaft" de Berlín tomamos estas cifras, escribe: "Si el instrumental técnico de la industria norteamericana fuese igual al de Alemania (167 caballos de fuerza por cada 100 obreros) y si fueran las mismas las normas de consumo en ambos países, los Estados Unidos tendrían que ocupar en su industria aproximadamente un 50 por ciento más de personal de lo que ocupa Alemania, es decir, alrededor de 11 millones u 11 millones y medio de personas. A pesar de un más elevado consumo, se pasan con una cifra considerablemente menor, lo que sólo se explica por el hecho que el obrero norteamericano no es apoyado, como su hermano alemán, por 1.7, sino por 3.6 caballos de fuerza". ("Die Gesellschaft", sept. 1928, pág. 256-257, Berlín).

Sin embargo, se sabe que la industrialización alemana, la introducción del mecanismo en la vida industrial es en sí bastante elevada.

Si quisiéramos expresar en pocas palabras nuestro pensamiento sobre el actual desarrollo técnico en el proceso productivo, diríamos que la tierra sería ya pequeña si el hombre no dispusiera más que de sus brazos o del instrumental primitivo de hace cincuenta años, es decir si la incalculable cantidad de energías mecánicas y eléctricas de que hoy disponemos hubiesen de ser producidas por la fuerza humana de trabajo.

¿Se concibe mayor riqueza? Tenemos, además de nuestras fuerzas ejércitos incontables de esclavos en forma de kilowatts y de caballos de fuerza; con todo ello podría reinar sobre la tierra la prosperidad y el bienestar para todos; sin embargo, y no se necesita demostrar, reina la miseria para los más, las privaciones, la inseguridad del mañana, una desocupación obrera nunca vista.

Si la prensa no estuviera en manos de la reacción y del conservatismo; si la literatura y el arte y la ciencia no tuviesen sumo interés en ser gratos a los amos que pagan, no serían himnos de reconocimiento y de admiración hacia la sociedad burguesa lo que escucharíamos todos los días.

Hay aproximadamente en los Estados Unidos de 30 a 40 mil millonarios; 11.067 personas de ese país tuvieron en 1927 un ingreso neto de 2.809 millones de dólares, o sea la 1/30 parte de los ingresos totales del país. Pero la hartura de esos 11.067 millonarios, no apacigua el hambre de los tres o cuatro millones de desocupados.

El contraste entre la riqueza y la miseria no es sólo material, desde el punto de vista monetario. Hace ya más de veinte años que Alfredo Niceforo, con su libro *Fuerza y Riqueza*, demostró de una manera científica la desigualdad antropológica, psicológica y moral de las clases sociales resultantes de la división social en pobres y ricos. Los ricos se vuelven cada vez más ricos en recursos materiales, y tienen la posibilidad de enriquecerse también física e intelectualmente; los pobres viven en condiciones cada vez más precarias económicamente y además se empobrecen progresivamente desde el punto de vista de su organismo físico y de su inteligencia.

Las investigaciones de Niceforo siguen en pie actuando mudamente al mundo capitalista; si alguna rectificación tuviéramos que hacer hoy, sería en el sentido de una agudización de sus conclusiones, sobre todo con la vida impuesta al proletariado por los modernos sistemas de trabajo en los establecimientos racionalizados. Los males y los peligros para la humanidad denunciados hace más de veinte años no han hecho sino acrecentarse, extremarse.

Escribió Niceforo: "No es difícil darse cuenta de que entre las diversas clases sociales dedicadas a trabajos diferentes, y viviendo en ambientes distintos, existen profundas diferencias, que a veces son tan definidas y precisas como las que distinguen desde el punto de vista físico, fisiológico, etnográfico y psicológico, tribus y pueblos por completo semejantes".

De la Avda. Alvear de Buenos Aires a la Boca hay más distancia psicológica, fisiológica y orgánica, etc. que de allí a Park Avenue de New York.

La estatura media de las clases acomodadas es superior a la de los proletarios de la ciudad y del campo; no costaría mucho trabajo comprobarlo en las mediciones que se realizan para la conscripción; pero no es solamente la estatura la que varía, hay también diferencias bien visibles en el peso, en la circunferencia torácica, en la dilatación del tórax, en la fuerza, en la altura de la frente, en la capacidad craneana, en el peso del cerebro, etc., etc. "El organismo del hombre que vive en un ambiente de bienestar económico, bien nutrido y no corroído por el veneno de la fatiga crónica, está más desarrollado y es más resistente y más fuerte que el organismo del hombre pobre". Así resume Niceforo una serie de investigaciones. No hay ninguna exageración. Tengamos sólo presente lo que escribió hace unos años Royal Meeker, un especialista norteamericano, en *Monthly Labor Review* (Washington, sept. 1919): "Estoy convencido que de todas las enfermedades el cansancio es la más seria... Los efectos del cansancio son los más pífidos. El cansancio se acumula poco a poco, y aun cuando un joven vigoroso o una

mujer pueden resistir largo tiempo una prolongada jornada de trabajo, sin sufrir aparentemente por ello, tarde o temprano el cansancio se toma su venganza. La mayor parte de los sufrimientos nerviosos en los obreros proceden del trabajo. Estoy firmemente convencido de que al menos la mitad de todas las enfermedades en los Estados Unidos tienen su origen en el trabajo, del que emanan directamente". (Cit. por Ch Cornelissen, *Die Internationale*, Berlín, noviembre de 1928).

No podríamos mencionar en pocas líneas la serie de enfermedades a que está predispuesto, por ejemplo, un hombre que tiene una débil capacidad torácica o de dilatación del tórax. En general se puede afirmar que si el contraste entre pobres y ricos es grande por lo que se refiere a los recursos económicos, es mayor aun por lo que respecta a la vitalidad, a los glóbulos rojos de la sangre, al vigor, al caudal puramente orgánico. Si el proletariado industrial no fuese continuamente apoyado por la afluencia de campesinos, que llegan a las grandes urbes con una gran riqueza de vida, las generaciones obreras modernas no tardarían mucho en desaparecer por degeneración física.

Aunque suene como un latigazo, digamos con Niceforo: "pobres, viejos, locos y degenerados presentan todos un desarrollo orgánico menor del de los acomodados, normales y sanos, porque los procesos de nutrición general se realizan en ellos, por causas diversas, de un modo incompleto o desordenado".

Y la desigualdad que se advierte desde el punto de vista físico, orgánico y funcional, se advierte desde el punto de vista psicológico. En las escuelas sobre todo se nota en seguida la diferencia existente entre ricos y pobres según su grado de inteligencia, y el buen maestro puede poco contra esa situación (y menos todavía el maestro malo), porque, aun dado el caso de una herencia vital idéntica, se sabe lo que puede influir en el desarrollo mental una comida insuficiente e inapropiada, una vivienda en malas condiciones de ventilación, de higiene, etc.

Nunca hemos comprendido la razón de ser de la literatura que ha idealizado y falsificado al obrero, hasta el punto de hacer creer a éste en su superioridad; la verdad es otra: la verdad es una inferioridad de los trabajadores ante la clase acomodada del privilegio, no sólo económica, sino también física, psicológica, mental. El que no se deja convencer por las conclusiones generales de Niceforo, puede constatar por sí mismo la veracidad de esos hechos con sólo observar a su alrededor, sin necesidad siquiera de aparatos científicos de medición y de investigación. Y esto hay que decirlo, porque cuando uno está enfermo de veras, es preciso que lo sepa; no es permitido engañar más que a los enfermos por su gestión. Pero la miseria fisiológica de los trabajadores no es una sugestión, es una aterradora reali-

Dictadura política y monopolismo económico

Vamos a repetir una vez más una interpretación de la situación presente del mundo que no está en concordancia con las suposiciones de la mayoría de los revolucionarios

No sólo entre los anarquistas, en todos los campos llamados de izquierda, circula como moneda contante y sonante la frase hecha de que las dictaduras en boga representan una simple reacción contra los avances revolucionarios del proletariado. Tal vez nosotros mismos, sin reflexionar, hemos dicho lo mismo, pero ya no es la primera ocasión que decimos otra cosa

Somos de opinión que las dictaduras presentes, aunque en algunos casos, como en Italia, se hayan inspirado en su génesis en las agitaciones obreras crecientes, tienen por causa principal, no el peligro revolucionario, sino el desarrollo monopolista del capitalismo moderno. En efecto, ¿dónde está el peligro revolucionario en el Brasil, en Perú, en Chile, en Portugal, en Yugoslavia, etc., etc.? En países donde nuestro movimiento era relativamente fuerte, se ha tenido un magnífico pretexto para los golpes de Estado dictatoriales; en otros el pretexto ha sido la vieja política infructuosa de los partidos, en otros, como en Rusia, la necesidad de "asegurar y consolidar las conquistas de la revolución"... Pero esos pretextos no se sostienen más que a medias. Tras todos ellos, más importantes y decisivos que ellos, están otras fuerzas, que nosotros señalamos en las tendencias monopolistas del capitalismo. Nos explicamos perfectamente las dictaduras políticas en función de ese monopolismo económico, característico de la época en que vivimos.

Y en consecuencia, como hemos dicho tantas veces, creemos que sería más eficaz la lucha contra el fascismo italiano en los centros financieros de Wall Street y de Londres que en Italia misma. Detrás de todo país en dictadura hay alguna potencia económica y financiera que respalda a los dictadores, a costa, naturalmente, de grandes concesiones de toda especie. Se sabe que Italia está siendo poco a poco enfeudada al capitalismo norteamericano; lo mismo ocurre en los demás países sometidos a la férula de los despotismos de moda.

En ese proceso puede entrar, no lo negamos, el deseo de sofocar todo pensamiento subversivo; pero en primer lugar lo que se busca con las dictaduras políticas es una mayor comodidad para el dominio económico de un país por los grandes trusts financieros o industriales. La democracia es la forma política de la burguesía en su período del capitalismo privado y de la libre competencia; pero ese período

es dejado atrás en todos los países industriales modernos; el nuevo capitalismo es colectivo y la libre competencia tiende a ser abolida, al menos en las formas conocidas hasta aquí. Los grandes trusts financieros e industriales hallan más dificultades para entenderse con una democracia que con una tiranía, por eso trabajan según sus posibilidades para suscitar en las zonas que quieren influenciar o dominar, el resurgimiento del despotismo, de la autocracia, de la dictadura.

Una explicación de la supresión efectiva del régimen democrático en casi toda la América latina, la tenemos en la invasión financiera por Estados Unidos, invasión financiera a la que siguieron las invasiones industriales, comerciales y militares. De un diario cualquiera tomamos este resumen:

En 1912, es decir, dos años antes de que la guerra estallara, las inversiones de capitales estadounidenses en la América del Sur sólo llegaban a unos 183.000.000 de dólares. En 1927, el total de esas inversiones excedía de 2.210.000.000, y se calcula que al finalizar el presente año, ellas no bajarán de un total de 2.500.000.000 dólares.

Comparando las cifras del comercio de Estados Unidos con los países sudamericanos, en ese mismo período de tiempo, se observa que su valor ha aumentado, de 328.000.000 a 959.000.000 de dólares. Hasta ahora, ese creciente movimiento se ha caracterizado en que las ventas norteamericanas a la América del Sur son, en conjunto, inferiores a las compras que en ésta efectúan los importadores de los Estados Unidos.

Por el índice de su crecimiento comercial con Norte América, los países sudamericanos figuran en el siguiente orden: Colombia, Venezuela, Uruguay, Argentina, Perú y Brasil.

En cuanto a la distribución de los 2.215.000.000 de dólares a que alcanza el total de los capitales estado unidenses invertidos en Sud América, héla aquí por orden de importancia: Chile, 526.000.000 de dólares; Argentina, 484.000.000; Brasil, 447.000.000; Colombia, 211.000.000; Venezuela, 172.000.000, y Perú, 159.000.000.

Además de éstos, otros países sudamericanos, aunque en menor escala, han sido también objeto de inversiones de capitales de la Unión, sobre todo durante los últimos años; los cuales, en conjunto, suman más de 210.000.000 de dólares.

El capitalismo dirigente, que en algunas épocas y en ciertas regiones fué el agrario, luego, en el curso

del último siglo de maquinismo, casi exclusivamente el industrial, es hoy el financiero. El capitalismo agrario y el industrial son dominados cada vez más por las altas finanzas, y se sabe que la verdadera potencia de gobierno de un país no está en la política, sino en la economía; la política no es más que servidora de los grandes financistas, de los industriales poderosos, de los latifundistas.

Los banqueros de Estados Unidos, conscientes de su poder, trabajan descaradamente en asegurar su dominio sobre toda la América latina mediante la formación de tiranías todo lo autocráticas que sea posible. Sería absurdo ilusionarnos al respecto y suponer que esas formas extremas de gobierno aparecen como reacción contra nuestro vigor revolucionario; no, son simplemente formas de dominación que se adaptan mejor que la democracia al régimen económico monopolista, a la dominación del mundo por los grandes trusts financieros.

Es verdad que no debilitamos el hecho de las dictaduras por el reconocimiento de su verdadero origen, pero al menos podremos orientar mejor nuestras luchas por la libertad y por el progreso humano.

EDITORIAL "LA PROTESTA"

NUEVAS EDICIONES

- Eliseo Reclus: LA ANARQUIA Y LA IGLESIA 0.10
- Anselmo Lorenzo: EL DERECHO A LA EVOLUCION 0.10
- Juan Crusao: CARTA GAUCHA, séptima edición 0.10
- P. Kropotkin: A LOS JOVENES L. Fabbri: ¿QUE ES LA ANARQUIA? 0.10
- D. A. de Santillán: LA JORNADA DE SEIS HORAS, tercera edición 0.10
- Ana María Mozzoni: A LAS HIJAS DEL PUEBLO 0.10
- Eliseo Reclus: A MI HERMANO EL CAMPESINO 0.10

De estos folletos hay ediciones económicas a \$ 2, 2.50 y 3 el cien para la distribución gratuita por grupos, sindicatos y compañeros.



RUDOLF ROCKER

ESTADO Y CULTURA

(DE UN LIBRO EN PREPARACION)

Si se quiere formar un concepto claro sobre la situación y las relaciones internas de las diversas agrupaciones humanas y elementos populares respecto de lo que denominamos cultura, se podría emplear la siguiente comparación:

Fuera se extiende el océano en infinita anchura y aferra con húmedos brazos los continentes. Sobre la segunda superficie incuba el sol en ardiente fulgor, y el agua evaporada se eleva lentamente al cielo en eterno ímpetu. De los cálidos vahos se forman nubes en el firmamento y recorren la tierra empujadas por la tempestad. Hasta que su grávido contenido se descarga y caen a la tierra gotas absorbentes. Las gotas se reúnen en el seno de la gran madre en millones de lugares y manan rumorosas de innumerables fuentes nuevamente hacia la superficie. Surgen arroyuelos, cruzan el país en todas direcciones, se reúnen entre sí y crecen a la categoría de ríos, de grandes corrientes. Y la corriente hace saltar sus olas por su parte hacia el mismo mar, a quien al fin y al cabo tiene que agradecer su existencia.

Desde tiempos infinitos se realiza esa circulación con la misma certidumbre irresistible, inmutable como toda vida en la tierra, y continuará realizándose en sucesión ilimitada, mientras sean las mismas las condiciones cósmicas a que está sometido nuestro planeta.

No otra cosa ocurre con la producción cultural de los pueblos, con toda actividad creadora del individuo. Lo que denominamos en general cultura en el fondo constituye sólo una gran unidad que lo abarca todo, que está en transformación incesante e ininterrumpida y se manifiesta en incontables formas y expresiones. Es siempre y en todas partes el mismo impulso creador, ávido de actividad; sólo las formas son diversas y están adaptadas al ambiente dado.

Como toda fuente, todo arroyo, todo río está ligado al mar en lo más profundo, con cuyas olas se reúne siempre de nuevo, así toda cultura especial es sólo una parte de la misma unidad que lo abarca todo, de la cual toma sus fuerzas originarias y en cuyo círculo vuelve a encontrarse siempre su propia acción creadora. Las diversas culturas de incontables agrupaciones sociales, que o bien han coexistido o se han sucedido en el curso de los tiempos, son comparables a los arroyos y a los ríos cuyo origen primero es el mar, con el que se refunden siempre.

Es absurdo y descabellado suponer que toda cultura encarna en sí un Todo cerrado, que lleva en sí las leyes de su propio origen y no está sometida a influencias externas, como quieren hacernos creer los teóricos de las razas. Lo colectivo que está en la base

de toda cultura, es infinitamente mayor y se manifiesta en sus efectos inmediatos más claramente que las diversidades entre una y otra cultura, por grandes que sean esas. Toda cultura emana del mismo impulso y persigue su más profunda e íntima esencia en pos del mismo gran objetivo. Comienza primero como acción puramente civilizadora, que opone al ciego devenir de una naturaleza brutal e indomada barreras artificiosamente creadas que permiten a sus creadores satisfacer más fácilmente sus necesidades vitales. De ahí crece después espontáneamente la aspiración a una conformación más elevada y a una espiritualización de la vida social e individual, una aspiración que arraiga en los sentimientos de comunidad de los hombres y que debe ser considerada como la fuerza activa de toda cultura.

En realidad no hay una cultura, lo mismo si se circunscribe a un solo pueblo o se extiende a varios pueblos, que se haya producido completamente independiente y sin ningún influjo extraño. Es verdad que nos hemos acostumbrado ya desde temprano a dividir la llamada historia de la cultura según determinados sistemas escolásticos, un método que por desgracia no ha pasado de moda todavía, lo mismo que un boticario empaqueta sus medicamentos esmeradamente en cajitas y frasquitos; pero con ello no hemos ganado realmente nada. Como siempre se aspiró a descubrir las divergencias internas entre las diversas culturas y a elaborarlas, se perdió cada vez más la capacidad de reconocer los rasgos comunes que están en la base de todo desenvolvimiento cultural. Especialmente desde que Hegel nos enseñó a pensar en categorías y a creer en el "espíritu" singular de cada pueblo, — una interpretación de la que luego tenía que cristalizarse lógicamente la creencia fatalista en las "necesidades históricas" del devenir humano. Así, pronto, a causa de tantos árboles no se vió el bosque y no se encontró a gusto uno en la propia casa.

Tan sólo los resultados sorprendentes de las investigaciones científicas en todos los dominios de la antropología, de la etnología y de la sociología han agudizado de nuevo nuestra comprensión para el notable parecido de los procesos sociales y culturales de la evolución de la raza humana y han abierto el camino prácticamente a una revisión completa de todos los conceptos heredados.

En todas partes donde la investigación científica se acercó hasta aquí al descubrimiento de una época cultural pasada, chocó con los restos de culturas más antiguas o en relaciones que hacen reconocer claramente la influencia de otras formaciones culturales. Volvemos a ver que el arroyo o el río nacen del mismo océano y se reúnen siempre con él. Se nos hace cada vez más claro que la diferencia entre las diversas

culturas consiste casi exclusivamente en una diversidad de las formas externas, que apenas afecta al núcleo común de su más íntima naturaleza.

Entre la grosera piedra de un salvaje y el Hermes de Praxiteles o el Moisés de Miguel Ángel hay un profundo abismo; pero el ímpetu interno que dió forma a cada una de esas obras, el instinto creador fundamental que tuvo el anhelo de la formación, es el mismo. Existe aquí el mismo abismo que entre la misera choza del buschmano del Africa y la vivienda del hombre moderno provista de todo el confort. Si se tiene presente sólo la forma exterior, la diferencia en realidad apenas se abarca y la divergencia entre ambas parece insuperable. Y sin embargo, en ambas viviendas existe el mismo objetivo. Si se tiene esto bien presente, se comprende de inmediato que aquí sólo puede hablarse de una diferencia gradual, pues la satisfacción del objetivo en ambos casos es dada por el grado diverso de las necesidades y en consecuencia se expresa en la diversidad de las formas externas.

La evolución cultural o la fecundación social ocurre siempre por la mezcla de pueblos y razas existentes. Toda nueva cultura es iniciada por una mezcla de esa especie y recibe por ella su forma especial, lo mismo si se trata de la cultura de los tolquetas o aztecas de la América central o de la cultura de los egipcios, caldeos, chinos o griegos. Y esto es muy natural, pues por las influencias extrañas surgen nuevas necesidades, nuevos conocimientos que pugnan por forma y figura en todos los dominios de la cultura.

Querer conservar una cultura en su pureza por la extirpación de influencias extrañas, un pensamiento que propicia más de un teórico racial, es tan antinatural como infecundo y muestra sólo que esos singulares puros no han comprendido la magnitud del problema de la cultura. Tales embrolladas ideas tienen aproximadamente la misma significación que el ensayo de tratar de persuadir al hombre de que sólo alcanzará el más alto grado de su virilidad a condición de que proscriba la mujer de la esfera de su vida. El resultado sería en ambos casos el mismo.

La nueva vida nace sólo por la asociación del hombre y la mujer. Lo mismo toda cultura nace o es fecundada de nuevo por la circulación de nueva savia en las venas de sus portadores. Como el niño nace del apareamiento del hombre y la mujer, así toda cultura surge de la mezcla de diversos elementos y de su recíproca fecundación espiritual. Cualquier otro camino sería sólo un camino a la gran ruina, un camino hacia la muerte.

Pero aparte de eso, el más leve intento en esa dirección sería también puramente imposible, especialmente hoy en que los pueblos están cada vez más expuestos a la fecundación recíproca de actividad material y espiritual y se acercan continuamente en todos los dominios de su desarrollo social a pesar de todos los intentos desesperados que oponen a ese desenvolvimiento los defensores de un mundo decadente.

Una mirada al desarrollo social y económico actual del propio país, que comenzó tan sólo desde la guerra y desde entonces no se ha detenido más, basta para juzgar tales pensamientos justamente como absurdos. ¿Cuánto hace que se hablaba aun en cien profundas consideraciones del fabuloso desarrollo de la industria norteamericana y de sus métodos específicos? Se querían reconocer en esos métodos a toda costa las manifestaciones de un espíritu americano singular,

que no se podía armonizar con la vida sentimental del europeo y especialmente del alemán.

¿Quién tendría todavía el valor, frente a la actual fase de evolución de toda nuestra vida económica, para sostener una afirmación tan exagerada como inconsistente? La famosa y afamada "racionalización de la economía" con ayuda del sistema Taylor y del trabajo en serie a lo Ford, ha hecho en pocos años en Alemania mayores progresos que en ningún otro país. Realmente la mejor prueba de ello es que el "sentimiento alemán tan festejado un día en el curso del tiempo se ha vuelto bastante robusto y ha perdido hace mucho su tierna constitución del tiempo de Jean Paul y de la escuela romántica.

Hemos visto ya hace mucho que taylorismo y fordismo no son resultados específicos del espíritu norteamericano, sino fenómenos del orden económico capitalista que saltan fuertemente a la vista, y ante cuyas ventajas el "sentimiento" capitalista alemán es al menos tan accesible como el práctico yanqui, sobre cuya "conformación puramente materialista no se podía juzgar antes, y todavía hoy, bastante despectivamente. Alemania se ha adaptado ya a la "americanización de la economía"; en cambio se chilla tanto más violentamente contra "la americanización de la vida espiritual y cultural", que se manifiesta cada vez más notoriamente y actúa especialmente en la prensa, en el film, en el teatro y en la música. Se habla y se escribe con palabras agitadas sobre el peligro de esos fenómenos y se cae al respecto en toda suerte de consideraciones psicológicas. Como si un sistema social que desde hace decenios actuó cada vez más abiertamente en la uniformidad de todas las condiciones humanas de vida, un sistema que aspiró a traspasar a todos los otros dominios los cartabones militares y cuyos defensores fueron inspirados cada día más fuertemente por la idea fija de estimar al individuo sólo como rodaje o tornillo de un aparato estatal nivelador de todo — como si un tal sistema en realidad pudiera tener otros resultados.

O echemos una mirada al enorme desenvolvimiento del deporte en Alemania, un fenómeno que hay que atribuir por completo a influjos extraños, y que durante los últimos decenios ha encontrado tal difusión que ha aclimatado en el idioma alemán una gran cantidad de barbarismos, cuya significación hace veinte años sólo era conocida de un restringido círculo de profesionales. De tales fenómenos se podrían citar muchísimos, no sólo en Alemania, sino en todos los países de cultura de Europa.

No cabe hoy la menor duda de que en todos los países de nuestro continente se elabora un tipo europeo especial, que está destinado a suplantar el "tipo nacional" de los tiempos pasados, que está condenado a muerte no obstante todos los esfuerzos de nuestros nacionalistas. Y eso se produce en base a aspiraciones orientadas en el mismo sentido, que se advierten hoy cada vez más fuertemente en todos los países y en todos los dominios de la vida espiritual y social, — aspiraciones íntimamente ligadas a las condiciones capitalistas de la economía de nuestro tiempo.

El tráfico continuamente creciente y la facilidad incesantemente en aumento de las relaciones internacionales anudan lazos cada vez más firmes entre los diversos pueblos de Europa, que ningún nacionalismo puede quebrantar a la larga. La gran divergencia entre el desarrollo singular de las condiciones económicas europeas y las vanas pretensiones de una ideología nacionalista rudimentaria que todavía consigue ejercer una influencia considerable en la política ex-

terior de los Estados europeos, — una divergencia que se vuelve de día en día más palpable e insuperable y se presenta de día en día más en el primer plano de la historia moderna — es sólo uno de los numerosos fenómenos que se hacen sentir actualmente en esa fase de la evolución de Europa.

La constatación de este hecho no debe ser interpretada de ningún modo como una declaración de simpatía para la idea fuertemente propagada en los últimos tiempos de los Estados Unidos de Europa. Nosotros somos de opinión que una verdadera federación de los pueblos europeos dentro del actual sistema de los Estados no es realizable, y todo ensayo en esa dirección no puede tener nunca el éxito que sus portavoces se prometen.

Tampoco está en nuestra intención el examinar el desenvolvimiento señalado aquí según su valor o su no valor cultural; queríamos simplemente indicar cuán irrealizable y sin perspectivas tiene que permanecer todo ensayo que pretenda preservar la vida cultural de tal o cual pueblo de influencias extrañas. Los meros hechos son aquí más fuertes que la más hermosa ideología, que arraiga en conceptos abstractos y sólo tiene débiles relaciones con la vida real.

Pero aun cuando existiera la posibilidad de preservar a un pueblo de todas las influencias externas, no por eso se produciría un aumento de su vida cultural, como se han imaginado extravagantemente los representantes del pensamiento racial. Al contrario: todas las experiencias dicen que una tal castidad tendría que conducir a un desmedro general y a una lenta extinción de su cultura.

Con los pueblos no ocurre en este concepto diversamente a lo que ocurre con los individuos. Cuán pobre sería un hombre que tuviese que depender en su desenvolvimiento cultural simplemente de las creaciones del propio pueblo. Aparte de la circunstancia que no se puede hablar de semejante posibilidad, pues ni el más sabio podría decir qué parte de las llamadas riquezas culturales de un pueblo ha sido conquistada independientemente o recibida en alguna forma de otros pueblos.

La cultura de un hombre crece precisamente en la medida en que se arma de la capacidad para apropiarse también de las conquistas espirituales de otros pueblos y fecundar con ellas su espíritu. Cuanto más y más fácilmente logra eso, tanto mayor derecho tiene al nombre de hombre. Penetra en la dulce sabiduría de la vida de Laot-se y se regocija en la belleza de la poesía védica. Ante su espíritu se abren los cuentos milagrosos de las mil y una noches, y con íntimo placer saborea las sabias máximas del borrachín Omar Chalyin o las estrofas majestuosas de Firdús. Su alma se edifica en la profundidad del libro de Híob, se hunde con mudo incubamiento en la cansada sabiduría del predicador Salomón. Ríe con Aristófanes, llora con Sófocles, lee con satisfacción las descripciones graciosas del asno de oro de Apuleyo y sigue con interés las narraciones de Juvenal y de Petronio sobre las condiciones de la Roma decadente. Con el maestro Rabelais entra en las galerías engalanadas de la abadía de Thelemo y visita con Pantagruel y sus bravos compañeros la isla de Nasenbar y el oráculo de la botella divina. Procura descubrir el alma de Hamlet y se alegra en el impulso de acción del noble caballero Don Quijote. Entra en todos los horrores del infierno de Dante y deplora con Milton el paraíso perdido. En una palabra, está siempre y en todas partes en casa y por tanto sabe apreciar mejor el encanto del propio hogar. Examina con mi-

rada franca los valores culturales de todos los pueblos, se elige lo mejor de ellos y abarca así cada vez más hondamente la gran unidad de todo el devenir espiritual.

Y esos bienes no puede quitárselos nadie, pues están sobre el derecho de determinación de los Estados y escapan a la voluntad de los poderosos de esta tierra. El legislador es capaz de cerrar las puertas de su país al extranjero, pero no puede impedir que aquél se aproveche de los tesoros de la cultura espiritual del pueblo extraño con la misma naturalidad que el nativo. La intolerancia política pudo llevar por ejemplo al gobierno inglés a mantener a los alemanes lejos de las costas de Albión, como ha pasado realmente después de la guerra durante un tiempo. Pero esa medida no habría podido impedir que en Alemania se ocuparan lo mismo que en Inglaterra de Locke y Hume, de Godwin y Spencer, de Darwin y Wallace, de Adán Smith y Ricardo, de Mill y Buckle, de Shakespeare y Byron, de Swift y Sterne, de Shelley y Morris, siempre que se tuviera la voluntad de hacerlo o se sintiese la necesidad de ello.

Aquí está el punto desde donde se reconoce más claramente la superior significación de la cultura respecto de todas las prescripciones estatales y las limitaciones políticas. La cultura desató todos los lazos que puso a los pueblos el espíritu teológico de la política. En este sentido es revolucionaria en el más profundo significado de la palabra. Los programas más radicales de los revolucionarios políticos sólo son míseros baratillos reaccionarios en comparación con la acción revolucionaria incansable de la cultura.



¿Buscas alrededor y lejos de tí lo que "crees" que puede servirte como factor para tu mejoramiento espiritual? Tiempo perdido. Lo que puede serte verdaderamente útil no está alrededor ni lejos de tí, sino en tí mismo.

Como no tienes criterio propio, te concretas a propagar mi concepto y mis opiniones. Pero, ¿y si yo estuviera equivocado?

Los que olvidaron a dios, viven una vida más espiritual que aquellos que aun creen en él y le temen.

Cuando tengas motivos para llorar, no maldigas la "vida", pues ella no es culpable. El motivo y la causa de tu llanto y de tu pena, no está en la vida, está en "tu vida".

P. Fernández Caminata.



En un comité belga formado en 1916 para la discusión de la enseñanza laica, nuestro compañero el prof. Paul Gille ha presentado algunas proposiciones editadas en folleto (Bruselas, 1919) y cuya traducción comenzamos hoy considerando que son siempre actuales.

NOTA I. — LA MORAL HUMANA Y LA ENSEÑANZA DE LA ANTROPOLOGÍA

El modo sumario y, debo decirlo, poco caballeresco y superficial, como se han acogido en cierta sede las observaciones que he creído de mi deber emitir en el curso de nuestra última reunión, me obliga a volver sobre el asunto para precisarlas e intentar fijar su alcance verdadero. La forma escrita les valdrá quizás una benevolencia más atenta. En todo caso, impedirá todo equívoco y permitirá, lo espero, un examen más explícito y serio de las cuestiones que considero como mayores, como primordiales.

1. — ¿Santos u hombres?

Ante todo no se me ha ocurrido nunca pretender prohibir a nadie la enseñanza de su religión. Bastaría conocerme un poco para sonreír ante semejante imputación de intolerancia. Habría bastado, por lo demás, en el caso presente, darse cuenta un poco claramente de la cuestión en examen, para ver que el respeto a la libertad religiosa, aunque se haya tenido la apariencia de citarla, no estaba de ningún modo en discusión.

La cuestión era — y sigue siendo — saber lo que debemos tratar de inculcar en los niños, de desarrollar en ellos. Antes de ponerse en marcha es preciso determinar el objeto, el punto de llegada. Esa es, si no me engaño, la primera necesidad. Es incluso una cuestión previa, anterior, si puedo decir, a toda colaboración, a todo trabajo común, a toda discusión de vías y de medios. Es lo que nuestro amigo Vinckens había propuesto al hablarnos de un *modus vivendi* que permitiese a los libres pensadores y a los ateos, como a los creyentes, encontrar soportable y aceptable, en sus grandes líneas, el régimen escolar actual, dando amplitud a los no creyentes para reemplazar por una enseñanza ad hoc, por una enseñanza educativa, que nos invitaba a definir, el curso de religión.

Y es así que el primer punto a fijar, antes de cualquier otro cambio de opiniones, se presenta — so pena de hipocresía — incontestablemente en esta forma:

¿Cuál es nuestro objetivo? ¿Cuál es nuestro ideal — y nuestro criterio de moralidad? ¿Qué cualidades, qué virtudes se trata de inculcar? ¿Tendemos a hacer santos o a hacer hombres? Cualquiera cosa que se haya querido decir aquí, la moral cristiana no es la moral humana, y entre la bondad búdhica y la dulzura evangélica y la benevolencia humana, hecha de fuerza y de generosidad, al mismo tiempo que de clemente pero juiciosa y condicional ternura — hay un abismo!

Ciertamente, la literatura cristiana puede ofrecer, y ofrece en efecto, lecturas humanamente edificantes, a condición de que se descarte de ellas (lo que a menudo es difícil) el espíritu cristiano mismo: la dulzura a pesar de la humildad (que no hay que confundir con la paciencia), el renunciamiento ascético. Pero decir que esa es la fuente por excelencia de la educación moral, hacer en cierto modo del Evangelio, si puedo decirlo, un modo de "tarte á la crème" de nuestro Occidente, es desconocer ante todo el origen verdadero y la esencia misma de la moral humana: es mostrar además un singular desprecio — o una singular ignorancia — de las obras múltiples que, a través de los siglos, han honrado el espíritu humano. No quiero invocar, como prueba, más que los admirables *Pensamientos* de un Marco Aurelio. ¿Pero cuántas obras se podrían citar? Es, por lo demás, lo que ha constituido el objeto de un trabajo crestomático publicado sin duda ya desde hace meses y que había sido sometido a concurso por una sociedad de educación moral de París. Señalo ese trabajo a la atención común, en vista del capítulo de los caminos y los medios y de la rúbrica de los instrumentos a utilizar.

2. — Caminos y medios. Método dogmático y método inductivo. La misión de la antropología.

Por tanto "este animal es muy malvado; cuando se le ataca se defiende". Su ideal no es la santidad, sino la humanidad integral — lo que difiere un poco. No sólo se defiende él mismo, sino que defiende

también a los otros, según sus medios y sus fuerzas cuando juzga que son injustamente atacados. Es un soldado en la gran batalla de la vida, soldado consciente de su misión en el mundo, de su nobleza natural y de su dignidad de hombre.

He aquí el fin a alcanzar. ¿Cómo llegar hasta él? ¿Cómo formar esa conciencia, esa moral, ese sentido de la dignidad humana, que entraña todo lo demás?... Es el segundo problema: el del método, de los caminos y los medios.

En cuanto a mí, que se me permita decir que no creo en la eficacia de los sermones laicos. No creo ni en la verdad filosófica ni en la eficacia práctica de ese neo-kantismo que, gracias a mi venerable y eminente amigo Buisson y Jules Ferry, ha inundado la Universidad francesa con su vana metafísica. Yo no creo en la virtud de las abstracciones dogmáticas — ¡por revestidas que estén de retórica emotiva! Guardémonos de despertar el genio sarcástico de los niños, su espíritu crítico, su escepticismo tan susceptible. Todo eso no se transparentará apenas a los ojos... del oficiante, que ve desde fuera. Pero sepa sin embargo el resultado más claro de la prédica. Hablo de experiencia. Oigo protestas. Pero no es necesario advertir que hago excepción para tal o cual escuela en que todo sea perfecto.

No, toda esa teología kantiana del deber ha pasado a la historia. Es preciso en nuestra época una moral fundada en la realidad, en la razón individual, en la ciencia: es decir, en el hombre mismo consciente de sí, de su puesto en el universo y del voto de su naturaleza.

¿No es (si no tenemos miedo a las palabras) esa antropología a la cual he hecho alusión en nuestra última reunión y que es la única que puede reemplazar, contrabalancear y finalmente suplantarse la vieja teología y la metafísica? ¿No es ese el fundamento necesario y el único posible de la moral humana? Dios, decía Feuerbach, ha sido mi primer pensamiento: la razón, mi segundo; el hombre, mi tercero y último.

Sin el conocimiento, por rudimentario que sea, del hombre, de su origen, de su desenvolvimiento y de sus virtualidades naturales, teorizáis en el vacío. Es él, es ese conocimiento profundo o elemental, que da el sentido concreto de la superioridad y de la dignidad, lo que permite definir objetivamente el contenido. Sin eso, no hay escala positiva de valores, no hay marco moral científico y práctico: vuestra noción de la dignidad sin base natural, sin substancia, vacía, o llena artificial y arbitrariamente, se confunde con la vanidad.

Lejos de mí, por otra parte, la sombra de una intención pedante. Tengo horror a los pedantes y al pedantismo... Pero enseñáis bien la zoología y la botánica. ¿Por qué no habríais de poder coronar esa

enseñanza de la historia natural por la antropología, mucho más necesaria en tanto que fuente de moralidad? Los educadores religiosos han sabido bien poner su teología al alcance de las inteligencias infantiles. ¿No lograremos nosotros en nuestro terreno hacer mejor que ellos? La sencillez ¿no es el sello de la verdad?

Después, por encima de todo, no olvidemos esto: Si la moral se enseña, la moralidad no se enseña — o al menos no se enseña directamente, didácticamente; se enseña todavía menos quizás ex-professo que ex-cathedra. Y si ocurre que las lecciones de moral dejan alguna impresión en las almas suaves y sumisas, es preciso pensar siempre en las líneas tan juiciosas de Payot citadas por M. Daumers:

“El niño adquiere el hábito de rebuscar en su memoria lo que se le ha enseñado relativo a su conducta. No se ha afinado su conciencia; no se ha hecho de su inteligencia una inteligencia capaz de salir del paso, activa, capaz de volver a encontrar o si es preciso de encontrar en sí misma lo que es bueno y lo que es malo, en todas las circunstancias de la vida; se ha hecho de él un espíritu rutinario. En lugar de pensar en el momento en que el niño haya salido de la escuela y debe conducirse por sí mismo, en lugar por consiguiente de tratar de hacer de él una personalidad capaz de reflexionar, de ver por sí mismo, de conducirse, el maestro lo instruye como si debiese tener toda su vida los consejos o las órdenes tutelares de una conciencia más ilustrada”.

Tampoco se trata, observado bien, de enseñar directamente, dialécticamente una moral renovada. Cualquiera que sea el ropaje, cualquiera que sea la forma suavizada y velada, cualquiera que sea el hábito científico, el dogmatismo me parece siempre atacado de esterilidad. Es al método inductivo al que yo apelo. Si la moralidad no se enseña se sugiere. En lugar de dogmatizar, de predicar, de dar la lección, creemos una atmósfera de sugerencias. Es ella la que regula la marcha científica del pensamiento. Es ella la que regulará, la que regula ya en realidad, pero debe hacerlo con derecho reconocido y organizado, la formación psíquica en su conjunto.

Al lado de las mil pequeñas experiencias diarias, de los mil pequeños ejercicios prácticos que proporciona la ocasión de las mil sugerencias de la lectura, de la imagen y del ejemplo, vivido o relatado, quisiera una inducción sintética que, por encima del pragmatismo oportunista dictado por la famosa carta de Jules Ferry a los maestros, por encima de un automatismo fundado en el “prejuicio del bien”, según la impresionante expresión de Binet, lejos de todos los dogmas y de todos los misticismos, procure al niño, con el sentido preciso, concreto, científico, de la nobleza y de la dignidad humanas, la brújula moral que le es indispensable.

NOTA II. — SABER VIVIR Y DOCTRINARISMO MORAL

Dos palabras de respuesta a la noticia de M. Limbosch. Precisarán útilmente, pienso, justificándolo, el punto de vista que he indicado sucintamente en nuestra última reunión.

Lo que queremos, lo que debemos inculcar a los niños es el saber vivir. El saber vivir es todo el objeto, toda la materia de la moral. Si insisto sobre esta palabra, es que muy a menudo nuestros errores de pensamiento, derivan de una imprecisión de términos. La ciencia, se ha dicho, no es más que una lengua bien hecha. El error, en todo caso, se enlaza siempre — causa o efecto — con un mal vocabulario.

El gran objetivo a mis ojos, como a los de los estoicos antiguos, es el saber vivir. Ahora bien, una vez adquirida esta noción y bien comprendida, el problema promovido por M. Limbosch no tiene ya sentido; el punto de vista que afirma la primacía de la doctrina cae por sí mismo.

No se obra ya a priori. No se trata de ir a buscar en la revelación, la intuición mística o el dogmatismo doctrinario, de los principios absolutos que nos dicta nuestra conducta. Se trata simplemente de guiar al niño en la experiencia cotidiana de la vida, de ayudarlo a deducir él mismo las enseñanzas que esa experiencia implica. Es la práctica, es la experiencia de las cosas lo que constituye el “fundamento de la moral”, esa “base” que se nos reclama tan insistentemente.

En cuanto al ideal que resulta de ello, no confundamos la flor con la raíz. El ideal crece poco a poco, alimentado por esa experiencia múltiple, multiforme, y es así como a medida que el niño crece y se hace hombre, a medida que su horizonte se amplía, su concepción del saber-vivir y del deber-hacer tiene naturalmente, normalmente, que ir amplificándose y precisándose, hasta convertirse en fin — a veces — en la sabiduría consciente y razonada, en la sabiduría racional y científica del hombre adulto.

El educador no puede menos de cooperar en esa evolución natural, con modestia, con prudencia, sin prejuicio doctrinario, orientado solamente por la idea conductora que la antropología y la cosmología hayan podido darle y tomando así en la ciencia — dígame lo que se quiera — la fuerza y el ascendiente de su palabra y el alma de sus principios teóricos.

Es así como volvemos a la importancia mayor de la antropología como fuente de inspiración moral — y me excuso de esa insistencia forzada que carece muy a pesar mío, de discreción.

Pero me ha importado mostrar que el problema encarado así, desembarazado así de toda superfetación metafísica, se convierte en un simple asunto del sentido común, de una sencillez por decirlo así

infantil, y que no hay necesidad, para resolverlo prácticamente, de hacer intervenir el “Gran Todo”, el “Incognoscible” o un principio a priori cualquiera.

—o) (o—

Luigi Bertoni biografiado por Mussolini

De una vieja publicación italiana tomamos esta especie de documento histórico, que si no otro, puede tener un éxito de curiosidad:

LUIGI BERTONI

Es el director del bilingüe socialista anarquista “Réveil” de Ginebra. Ha sido detenido recientemente en Dickton, cerca de Zurich, después de una conferencia sobre Bresci. La orden de arresto ha partido de Berna, de Kronauer, procurador federal. Bertoni, ciudadano suizo, porque nació en el Cantón Ticino, es la bestia negra de la burguesía helvética. Lo he conocido en Berna en 1903. Alto, seco, de nariz prominente, lineamientos angulosos, sin barba. Tiene el aire de un asceta. Escribe y habla con gran corrección, el italiano y el francés. Su cultura histórica y sociológica es variadísima. Es una de las primeras cabezas pensantes del anarquismo internacional. Obrero. Trabaja de tipógrafo ocho horas por día y le queda el tiempo necesario para escribir un periódico y realizar *tournées* de propaganda. Su actividad es prodigiosa. El grupo editor del *Réveil* es obra suya. Ha sido *tracassé* por la policía y la magistratura. Ha sufrido diez procesos, atrayéndose muchas condenas. Una de sus autodefensas ha pasado a la historia de la literatura anarquista. Habitaba en rue des Savoises, 6. Una calle tranquila, un departamento modesto. Adversario del funcionarismo obrero, de los *permanents*, de los profesionales, no ha querido abandonar nunca la caja de compositor. Es un espíritu desinteresado.

Su probidad personal no es puesta en duda ni siquiera por aquellos que lo quemarían en las llanuras de Champell, donde el infame reformador ginebrino envió a las llamas el cuerpo de Miguel Servet. Yo he trabajado para el grupo del “Réveil”. He traducido en 1904 casi todo el volumen de Kropotkin, *Les paroles d'un révolté*. Gratis. En 1911 he vertido en italiano el primer volumen de *La Grande Révolution*, también de Kropotkin. No quería retribuciones, pero dada la dificultad y la longitud del trabajo, se me ha pagado. Los envíos de Bertoni me han llegado con una puntualidad y regularidad de banquero.

Detalle interesante. Luigi Bertoni ha sido detenido mientras el pueblo suizo, con fuegos de alegría y campanas al vuelo, celebraba el aniversario de su

libertad seis veces secular. Atroz ironía. La libertad suiza es un mito como la existencia de Homero. También la prensa es vil. Nadie anunció el arresto. Después de cuatro días la noticia ha pasado sin comentarios. Kronauer, en una nota enviada a los diarios, anuncia que Bertoni será citado ante la Corte penal federal por violación del artículo 52 bis del Código penal. Debe tratarse de apología del delito. La masa obrera está en fermento. El sábado pasado se ha realizado en Ginebra un grandioso mitin de *protestation*. Se han anunciado otros en toda Suiza. Pero la vieja república está cansada. La burguesía no está ya segura de sí. Como las muchedumbres en-

cabezadas por los agitadores extranjeros. La gente de Tell es ya digna de recibir al kaiser y de morir en brazos de los Hohenzollern.

Uno che c'è stato,

("Uno che c'è stato" ha dicho él mismo que es Benito Mussolini a los amigos suizos. Por lo demás el detalle de la traducción hecha por él de las "Palabras de un Rebelde" y del primer volumen de "La Gran Revolución" lo indican con la mayor precisión; se trata de un detalle que muchos de nosotros sabían desde entonces. El artículo más arriba reproducido fué escrito para *La Folla* de Milán, la conocida revista de Paolo Valera, año 1, número 5, del 25 de agosto de 1912).

LA NUEVA EDUCACION

NUMERO ESPECIAL DEL "SUPLEMENTO"

El próximo número de esta revista lo dedicaremos a reflejar, a través de una serie de transcripciones, las nuevas corrientes pedagógicas, en las que se advierte una inquietud humanista tan noble y un espíritu libertario tan pronunciado.

* * *

En realidad, desde un punto de vista general, la pedagogía moderna es en buena parte una especie de doctrina pedagógica anarquista; anarquista que se ignora, es verdad.

Con ese número queremos llamar la atención de los compañeros sobre un dominio de actividad y de pensamiento que en otros tiempos preocupó muy intensamente al anarquismo y que no habría debido dejar nunca de preocuparle.

* * *

Sucesivamente dedicaremos otros números a la cuestión religiosa, a Gustav Landauer (cuya correspondencia acaba de publicarse en dos grandes volúmenes), a la cuestión penal y la anarquía, etc., etc.

* * *

No editamos esta revista por el solo prurito de editarla; aspiramos a ser útiles con ella al pensamiento anarquista; es preciso que cada lector comprenda lo que importa este esfuerzo y coopere con nosotros buscando suscriptores, extendiendo el radio de los amigos del SUPLEMENTO, haciendo llegar números de prueba a todas las direcciones conocidas donde haya esperanza de una acogida favorable.

Tenemos un cierto derecho a quejarnos de la pasividad reinante. Es verdad que el tiraje de esta revista no disminuye; pero el hecho de permanecer estacionario es un mal síntoma, pues quiere decir que los lectores no se preocupan de su divulgación, como si esta fuese una empresa comercial cuya difusión sólo interesa a los que están al frente de ella.

¡Un poco más de cooperación!

E. MALATESTA

LA BASE FUNDAMENTAL DEL ANARQUISMO

A menudo ocurre que decimos: El anarquismo es "la abolición del gendarme", entendiéndose por gendarme toda fuerza armada, toda fuerza material al servicio de un hombre o de una clase para constreñir a los otros a hacer lo que no quieren hacer voluntariamente.

Ciertamente aquella fórmula no da una idea siquiera aproximativa de lo que se entiende por anarquía, que es sociedad fundada en el libre acuerdo, en que cada individuo puede alcanzar el máximo desarrollo posible, material, moral e intelectual, y encontrar en la solidaridad social la garantía de su libertad y de su bienestar. La supresión de la coacción física no basta para que uno se eleve a la dignidad de hombre libre, para que aprenda a amar a sus semejantes, a respetar en ellos aquellos derechos que quiere respetados para sí y a rehusar tanto el mandar como el ser mandado. Se puede ser esclavo voluntario por deficiencia moral y por falta de fe en uno mismo, como se puede ser tirano por maldad o por inconsciencia, cuando no se encuentra resistencia adecuada. Pero eso no impide que la abolición del gendarme, es decir la abolición de la violencia en las relaciones sociales, sea la base, la condición indispensable sin la cual la anarquía no puede florecer, incluso no puede siquiera concebirse.

Es como cuando se dice: "el socialismo es el pan para todos". — "Es una cuestión de estómago", dicen los adversarios con intención denigratoria.

Ciertamente el socialismo es cosa mucho más vasta, mucho más elevada que la simple cuestión alimenticia, que la sola cuestión económica. Y se pueden tener perfectamente satisfechas las necesidades materiales sin convertirse por eso en un socialista, como se puede ser socialista aun debatiéndose en las estrecheces de la miseria. Pero eso no impide que no pueda existir, que no se pueda concebir una sociedad socialista si la cuestión económica no es resuelta de un modo que no sea más posible la explotación del hombre por parte del hombre y no sea asegurada a todos una decente vida material.

Anarquía y socialismo son dos concepciones sublimes (para nosotros se confunden en una sola) que abrazan toda la vida humana y la impulsan hacia las más altas idealidades, pero están condicionadas por dos necesidades fundamentales: la abolición del sable y la abolición del hambre. Es un error, y más frecuentemente es una hipocresía de satisfechos, el despreciar las necesidades materiales en nombre de las necesidades ideales. Las necesidades materiales son sin duda necesidades inferiores, pero su satisfacción es necesaria para el resurgimiento y el desarrollo de las necesidades superiores: morales, estéticas, intelectuales.

Para servirnos de un ejemplo: un cuadro de Tiziano es una cosa excelsa, muy superior en el concepto humano a las tierras coloreadas que han servido para hacerlo; pero sin esas humildes tierras Tiziano no habría podido hacer sus cuadros. Una bella estatua vale por el placer estético infinitamente más que una piedra tosca; pero sin piedras no se hacen las estatuas. Por tanto ante todo hay que abolir el gendarme, pues sólo cuando es excluida la posibilidad de la violencia los hombres llegan a ponerse de acuerdo con el mínimo de injusticia y con el máximo posible de satisfacción para cada uno.

Las necesidades, los gustos, los intereses, las aspiraciones de los hombres no son iguales y naturalmente armónicos; con frecuencia son opuestos y antagónicos. Y por otra parte la vida de cada uno es de tal modo condicionada por la vida de los otros que sería imposible, aunque fuese conveniente, separarse de todos los demás y vivir completamente según el gusto propio. La solidaridad social es un hecho a que ninguno puede sustraerse: puede ser consciente y libremente aceptada y por tanto obrar en ventaja de cada uno, o bien sufrida por la fuerza, con o sin conciencia, y entonces se explica con la sumisión de uno o de otro, con la explotación de los unos por los otros.

Mil problemas prácticos se presentan cada día en la vida social, que pueden ser resueltos de modo diverso, pero no de muchas maneras

simultáneamente; pero cada hombre puede preferir una solución a otra. Si uno, individuo o grupo, tiene la fuerza para imponer a los otros la propia voluntad, elige las soluciones que mejor convienen a sus intereses y a sus gustos y los otros las sufren y quedan sacrificados. Pero si ninguno tiene la posibilidad de obligar a los otros a hacer lo que no quieren, entonces, siempre que no es posible y no es juzgado conveniente adoptar más soluciones diversas, se llega necesariamente, por mutuas concesiones, a aquel acuerdo que mejor conviene a todos y menos ofende los intereses, los gustos, los deseos de cada uno. Nos lo enseña la historia, nos lo enseña la observación cotidiana de los hechos contemporáneos; donde la violencia no tiene función todo se acomoda del mejor modo posible, para mayor satisfacción de todos; donde interviene la violencia triunfa la injusticia, la opresión, la explotación.

¿Pero hay que creer que, derribado el gobierno, destruido el Estado con todos sus instrumentos de violencia: ejército, policía, magistratura, cárceles, etc., ninguno será tentado ya a procurarse, explotando a sus semejantes, mayores ventajas físicas, intelectuales u otras y a imponer la propia voluntad por medio de la violencia? ¿Es de suponer que, hecha la revolución en el sentido destructivo de la palabra, cada cual respetará los derechos de los demás y aprenderá pronto a considerar la violencia, hecha o sufrida, como cosa inmoral y vergonzosa? ¿No hay más bien que temer que muy pronto los más fuertes, los más hipócritas, los más afortunados, que pueden ser también los más malos, los más afectos a tendencias antisociales, puedan imponer la voluntad propia por medio de la fuerza, haciendo renacer el gendarme bajo una forma u otra?

Nosotros no suponemos, no esperamos que el

solo hecho de haber abatido con la revolución las autoridades presentes baste para transformar a los hombres, a todos los hombres, en seres verdaderamente sociales y para destruir todo germen de autoritarismo.

Ciertamente habrá todavía por largo tiempo violencias y por tanto injusticias y prepotencias; pero si los violentos no pueden contar más que con sus propias fuerzas, pronto serán reducidos a mejor consejo por la resistencia de los otros y por su propio interés. El peligro grande que podría anular todos los beneficios de la revolución e impulsar hacia atrás a la humanidad, se tiene cuando los violentos consiguen utilizar la fuerza de los otros, la fuerza social en ventaja propia, como instrumento de la propia voluntad, es decir cuando consiguen constituirse en gobierno, organizar el Estado. El gendarme no es propiamente el violento, sino que es el instrumento ciego al servicio del violento.

Los anarquistas que luchan hoy para destruir todos los órganos de violencia, tendrán mañana la misión de impedir que renazca por obra y por cuenta de viejos o de nuevos dominadores.

El tormento penitenciario en los presidios yanquis

Hace ya algunos años habíamos presenciado la dolorosa marcha de los condenados a castigos severísimos, por la impía administración americana que dominaba y domina, en la zona del Canal de Panamá.

Allí habíamos presenciado muchas veces la salida de los presos para ser llevados a una distancia larguísima a hacer carreteras. Los presos eran todos trabajadores de las obras en construcción del gran canal, y cuando salían a la calle, se sentía a larga distancia sus pasos, teniendo en cuenta que ni una voz se pronunciaba, ni un gemido se daba, pero se dejaba oír el chirrido de las cadenas de unos 7 pies de largo amarradas a los pies, de las que colgaba una bola que lo menos pesaría 25 libras. Estas eran colocadas a los hombres condenados a seis meses, pero a medida que la condena era mayor, las bolas pesaban 50, 75 y algunas veces hasta 100 libras.

Todos los domingos hacíamos visitas a aquellos camaradas que por una u otra circunstancia habían sido víctimas del despotismo grosero de los yanquis, que se habían adueñado de aquella república. Un día no pude ya silenciar por más tiempo mi curiosidad con el ánimo de recriminar la barbarie emplea-

da en aquella casa con los presos.

El jefe de la prisión hablaba correctamente el castellano, y entonces aproveché la oportunidad y le pregunté si en los Estados Unidos se empleaban aquellos métodos de tortura propios de los tiempos de la Santa Inquisición, que los hombres de América habían combatido arduosamente.

Este hombre me habló con toda seriedad de las prisiones de Norte América, diciéndome que dichas prisiones eran un verdadero modelo de higiene, en donde había hombres que entraban analfabetos y sa-

la indumentaria; una larga cadena, y montada sobre su hombro descansaba la pesada y milenaria carga, recuerdo de los tiempos pasados sin que haya en lo más mínimo sufrido la más leve modificación. Recordé que aquel hombre me había mentido, en gran escala, dado que en las prisiones del Norte, existen toda clase de torturas como existen en los países más reaccionarios.

Y más que cuanto yo pudiera decir en esta crónica, lo dice el dibujo que presentamos tomado de un prisionero americano en la prisión de la ciudad de Pittsburgh, en donde aparece el perro policía vigilándolo para ver si marcha derecho a empuñar la maza de 25 libras con la cual tiene que romper piedras en una cantera durante 8 horas consecutivas. Yo



lin hechos hombres de ciencia, agregando que aquel sistema de la bola era exclusivamente para países como Panamá, Costa Rica y sitios así faltos de cultura.

Al poco tiempo yo fui a los Estados Unidos, y no había olvidado cuanto aquel hombre, jefe de la prisión de Culebra, que así se llamaba, me había dicho en pro de la cultura y del trato que se daba a los pobres prisioneros en las tierras del Coloso del Norte. Pregunté luego a los que habían visto algún presidio, y lo primero que me indicaron fué la maldita bola de 100 libras a todos los penados. Más tarde yo he visto desfilar los presos y llevaban idénticamente

presencié a estos condenados trabajando en llenar sus carretillas de tierra o de piedra; además hay que tener en cuenta la bola que hace temblar las piernas de estos seres condenados al tormento cruel y refinado que los despiadados yanquis llaman recreo.

Es cruel y tiránico el sistema carcelario que existe en el país de los pacifistas, de los filántropos que donan cientos de millones para hacer iglesias al Sagrado Corazón de Jesús, y no se conmueven ante el dolor torturante de las víctimas de la injusticia social imperante. ¡Maldita sociedad que mantiene una desigualdad tan inicua y tiránica!

R. LONE

"LA PROTESTA"
(diario)

y el SUPLEMENTO.
(revista quincenal)

Subscripción mensual a ambas publicaciones, \$ 2.50. — Pago adelantado.

Todo importe remítase a Mariano Torrente. — Perú 1537.

¡ DIFUNDID ESTA REVISTA, CAMARADAS !

ELISEO RECLUS

A los campesinos

I

La economía política no tiene ya otros argumentos que el insulto y la metralla contra el obrero que reclama el producto íntegro de su trabajo. Es sabido. No hay ya equívocos posibles: ¡o el reinado de la violencia, o el advenimiento de la justicia!

Si la sociedad se compone de individuos que no tienen otro ideal que la lucha por la existencia ni más justicia que el derecho de la fuerza, los pobres y los débiles, son de los que ellos se apoderan.

Con arreglo a las necesidades o los apetitos de su dueño, han de servir de carne de cañón, de carne de máquina o de carne de placer; han de vivir para enriquecer a otros y satisfacer con creces sus caprichos, considerándose dichosos y satisfechos si su amo les concede de vez en cuando un pequeño desahogo en medio de su miseria.

Pero si la justicia ha de regular las relaciones entre los hombres, si todos tienen el mismo derecho a la vida, al bienestar, al libre desarrollo de sus facultades, se ha de confesar entonces que la esclavitud industrial es una monstruosidad llamada a desaparecer.

El explotador ni siquiera trata de razonar para demostrar al proletariado que hace mal en querer ser libre; por desgracia, son los esclavos mismos los que, desconociendo su propia fuerza y hallándose bajo la continua influencia del hombre, no aprendieron aun a asociarse para la organización de la industria y para sustraerse, ellos y sus familias, a tan insoportable servidumbre.

Pero la luz se hace. Allí donde hay una fábrica, cunde la propaganda entre las clases trabajadoras. Puede decirse que todo el mundo industrial es una especie de inmensa escuela a la vez que un laboratorio de observaciones y experimentos.

El obrero aprende más cada vez, y como en todos los lugares del universo, empieza a ser de igual modo comprendida la justicia, la coalición de los que sufren, se realiza espontáneamente.

Por el solo hecho de reflexionar acerca de su situación y de pensar en los medios de salir de ella, todos los obreros de la creación se ven irresistiblemente arrastrados a formar en nuestras filas.

Hemos dicho todos los obreros. Y lo repetimos: todos, incluso los trabajadores del campo.

Hasta ahora, nuestros adversarios tuvieron a los campesinos por su más seguro apoyo. Alababan en todos los tonos la virtud de esos buenos aldeanos que no se molestan en pensar y aceptan dócilmente la consigna que tienen a bien darles el alcalde o el sacerdote católico.

No siendo suficiente para sus fines la adulación,

añadían la calumnia y la mentira. Había gran empeño en azuzar al trabajador del campo contra el obrero de la ciudad, pintando a éste como una fiera pronta a arrojarle sobre un trozo de tierra; nunca acababan de hablarle de los repartidores.

El inocente campesino se enfurecía contra estos supuestos repartidores de su campo; que era lo que buscaban los burgueses.

Desgraciadamente, para nuestros adversarios, esa farsa ya no produce ningún efecto, y tendrán que buscar otra, si pueden.

En primer lugar, la mayoría de los campesinos de Europa, no son bastante ricos para que hayan de enfurecerse contra los repartidores de bienes.

¿Por qué ha de encolerizarse contra ellos el miserable jornalero que no puede levantar una paletada de tierra que sea suya?

Sólo el propietario puede hoy permitirse el lujo de indignarse con tal motivo. El obrero no tiene tierras que perder, y no es cosa que le asuste en gran medida la idea de partir la miseria con la riqueza del gran señor territorial.

¡Tengan, pues, mucho cuidado los amos con su propaganda, porque se exponen con ella a que les dé resultados completamente distintos de lo que esperan!

Y no es esto todo.

El mismo pequeño propietario y el humilde campesino que posea buenamente alguna fanega de tierra, cuyos títulos de propiedad guarda bien en regla en el fondo de su armario, se preguntan si es cierto que el obrero de la fábrica quieren arrebatarles su cosecha.

Le dicen que la propiedad debe ser la recompensa del trabajo, y no se registean a creerlo; mas cuando ve que la inmensa hacienda de su rico vecino, el embajador o el banquero, se va redondeando de un año para otro, no puede menos de preguntarse en lo más recóndito de su corazón:

“¿Es con su propio trabajo o con el ajeno con el que ese gran propietario aumenta de tal modo sus rentas y sus tierras? ¿No sería acaso él el verdadero expoliador, el verdadero enemigo, pues sin haber tocado el azadón ni la pala en su vida, él es quien se enriquece, dejando en la mayor miseria a sus infatigables trabajadores, que se levantan a diario antes del amanecer?”

Suponiendo que los trabajadores sean esos saqueadores que le han pintado, no ve, en verdad, que se acuerden de ir a saquear los campos, mientras que su poderoso vecino, mucho más terrible que ellos, no

tiene otro afán que desposeerle de sus surcos y arrebatarle su choza.

Nadie podrá nunca llegar a formarse una idea exacta de la energía, de la perseverancia, de la astucia que emplea el campesino para conservar su pedazo de tierra. A fuerza de trabajo consigue hacer fértil un campo que los señores de otro tiempo tenían inculto; a fuerza de sobriedad llega al extremo de no contar su alimento en los gastos diarios de su existencia; a fuerza de economía encuentra el medio de disputar, parcela a parcela, su trozo de terreno al capitalista.

Tanta es la previsión del campesino en la contienda por la posesión del suelo, que hasta ha sabido dominar sus sentidos y limitar a dos o tres el número de los hijos que han de heredarle.

Mas, ¡cuántas veces el resultado de tantos esfuerzos no es sino un desastre horrible!

En lo que la fuerza del dinero es suficiente para formar grandes feudos, todo el trabajo, toda la abnegación del campesino, se agotan inútilmente, y su pequeño patrimonio va a perderse en los inmensos dominios de su señor.

Todo el mundo sabe que en Inglaterra, la clase de los pequeños labradores ha acabado por verse completamente privada de la posesión del suelo y que todo el país se halla acaparado por un reducido número de propietarios que de año en año disminuye.

Hace veinte años eran cuarenta mil; hoy no llegan a treinta mil; y si la concentración de las riquezas hubiera de continuar de igual manera, sin que el pueblo creyese oportuna su intervención, toda Inglaterra acabaría por estar en manos de un solo dueño o de un solo Banco.



¡Dos millones de niños tienen que ganarse en Estados Unidos el pan de cada día!

II

¡Cuán infimos, cuán vanos deben parecerse los esfuerzos del pequeño campesino para conquistar algunos surcos de tierra o unos cuantos árboles, si lo comparamos con la potente absorción del terreno por el capital.

Así es como en Irlanda, en ese país en que hay propietarios de vastos dominios que pueden satisfacer sus caprichos de hacer plantar en ellos millones de árboles, vemos a algunos infelices famélicos disputarse insignificantes parcelas de tierra, pequeños cuadrados rodeados de tapias y cubiertos de malas hierbas.

El frenesí de la herencia llega a tal extremo, que muchas veces luchan con furor por la propiedad de un verdadero mito, de algo menos que nada.

El viajero Emerson Tenent, cuenta que un tribunal de la Punta de Gales hubo de sentenciar, no ha mucho, un pleito sumamente intrincado acerca de la dos mil quinientas vigésima parte de diez cocoteros.

Y no es sólo en la isla de Ceilán donde el pobre propietario se deja arrastrar a tales majaderías.

Por otra parte, haga lo que quiera, el pequeño labrador se halla de antemano condenado a sucumbir ante las imposiciones del capital, si se empeña en seguir combatiendo en el aislamiento en que hoy se ve, si continúa viviendo en el régimen actual de la propiedad privada.

Los trabajadores agrícolas de Inglaterra así lo han comprendido; por eso han formado esa coalición merced a la cual van de victoria en victoria contra los terratenientes, habiendo, más pronto o más tarde, de acabar por asegurarles la propiedad colectiva del terreno.

Esa gran asociación de los trabajadores agrícolas es probablemente el acontecimiento más trascendental de este siglo, aun cuando los oradores de nuestras asambleas no se hayan dignado todavía decir nada respecto a ella.

De hoy en adelante, los campesinos y los otros obreros, que hasta la fecha no se conocían, son impulsados en la misma dirección; unos y otros están de acuerdo en reivindicar la posesión de los instrumentos de trabajo, es decir, la tierra y la fábrica.

“El amor de la propiedad personal — dicen los economistas — es en tal manera inherente a la naturaleza humana que, suprimiendo el derecho de transmisión de la tierra por la herencia, se suprime a la vez el estímulo al trabajo y, por consiguiente, la sociedad”.

Lástima es que tal argumento se estrelle al chocar con los hechos.

Los rusos y los serbios, son tan hombres como los franceses, suizos y alemanes; y sin embargo, ¿no es allí el municipio el único propietario de la tierra? ¿No hace éste de ella un nuevo reparto cada vez que, a consecuencia de los nacimientos y defunciones acaecidos en la localidad, las partes proporcionales de las familias son desiguales? ¿Acaso no son inútiles entre todos esos repartidores las cercas y los mojones? ¿Por ventura la falta de las paredes medianeras no produce justamente el resultado de suprimir las disputas y pleitos que tan frecuentes son entre nosotros?

La historia de millones de hombres está aquí para demostrarnos que “es completamente posible que el hombre trabaje con interés sin necesidad del aliciente de dejar a sus hijos la propiedad exclusiva de algunas fanegas de tierra”.

Haciendo caso omiso de las comunidades agrícolas que prosperan en Inglaterra y en los Estados Unidos que todavía no tienen en favor suyo la sanción de una larga duración, tenemos las *zadrugas* de todos los pueblos eslavos de Austria y Turquía, que nos brindan el ejemplo de sociedades que viven felices sin el aliciente de la herencia.

Estas asociaciones, compuestas de diez a sesenta personas, constituyen pequeñas repúblicas que discuten sus asuntos con toda libertad y escogen, sin intervención exterior de ninguna especie, la directora de la casa y sus agentes.

Cuando una de estas asociaciones familiares llega a ser demasiado numerosa, se subdivide, formándose una nueva por completo independiente de la primera.

Todas las *zadrugas* de un mismo distrito, se ayudan mutuamente; cuando se trata de acabar un trabajo que corre prisa, toda la población pone manos a la obra y la tarea se acaba en medio de cantos y gritos de alegría.

Lo propio tenía lugar en otro tiempo en la Europa occidental; pero el derecho romano, el derecho feudal y el poder del Estado, puestos al servicio del interés particular de los nobles y burgueses, han poco a poco cambiado el régimen de la propiedad.

En Francia, de igual modo que en Suiza, Italia y España, hay muchos terrenos llamados comunales; pero en Francia, por lo menos, esa supuesta comunidad es la mayor de las ironías. Tan bien guardado es el suelo por los reglamentos, ordenanzas y denuncias, que permanece siempre inculto y la infortunada campesina, seguida siempre por la desconfiada mirada del gendarme, apenas se atreve a llevar a pacer en él su asno, a pesar de no poder éste alejarse en torno de ella más que lo que da de sí la longitud del ronzal.

Pero se trata ahora de restaurar el antiguo régimen de la propiedad patriarcal o comunal. El mundo no tiene por qué retroceder. El cultivo del suelo se va poquito a poco transformando en un trabajo industrial como la explotación de las minas y la elaboración de las primeras materias; de igual modo que las otras industrias, dicho cultivo se va desembarazando gradualmente de las antiguas prácticas rutinarias, que reemplaza por medio de procedimientos científicos; como la mina de hulla o la filatura de algodón, se ve obligada a simplificar las operaciones con ayuda de la división del trabajo; en una palabra, la tierra se va convirtiendo de día en día en una gran fábrica de producción agrícola en que cada parte es un mecanismo especial y en que cada trabajador tiene de antemano señalado el papel que ha de desempeñar.

III

"La asociación agrícola es cosa imposible" — dicen los economistas, en contra completamente de la verdad.

El trabajo aislado del labrador va siendo cada vez más ruinoso; la agrupación de los trabajadores se va haciendo más indispensable cada vez. Lo que falta ver es si deben unirse como galeotes bajo el látigo del capataz o si deben trabajar en la obra común como asociados libres.

En comparación de lo que será la cultura industrial y científica, ¡cuán pobre es la explotación de la tierra, basada en el mezquino sistema de la propiedad individual!

Cada uno trabaja sólo para sí, sin método, sin

idea, sin discernimiento. Llevado del espíritu de rutina, el campesino sólo piensa en hacer producir a su terreno las cosechas de costumbre, aunque el suelo y el clima no sean adecuados a ellas; el rudo labrador quiere arrancar a la tierra las espigas o los racimos que sus padres de ella sacaran.

Los cultivos abigarrados con los colores más heterogéneos, en lugar de dividirse en graciosas curvas, siguiendo las líneas de nivel y los accidentes del terreno, constituyen paralelogramos extraños, encajados unos en otros y cuya forma implica la ausencia de todo método científico. Las aguas corren al azar; aquí, el labrador deja que sus campos se conviertan en verdaderos pantanos, y ve estoicamente cómo las inundaciones destruyen sus cosechas, sin hacer nada para evitarlo; allí, sus terrenos permanecen yermos a causa de la sequía, teniendo un río a pocos metros de distancia. La mayor parte del agua corre hacia el mar, sin que nadie piense en aprovecharla, cuando no debería desperdiciarse ni una gota de ella.

Para formarnos una idea de la revolución que se ha de producir y que de día en día se va produciendo en la agricultura, gracias a la aplicación de los métodos científicos, tomemos como ejemplo toda una región natural, una cuenca hidrográfica, en su conjunto.

Aquí ya no se trata de la rutina del labrador; es menester, además, que la ciencia conozca perfectamente el suelo para utilizar toda su fuerza productiva.

El *geógrafo* y el *meteorólogo*, deben indicar la sucesión probable de las temperaturas y de las presiones barométricas en cada uno de los puntos de la cuenca; ellos son quienes han de trazar las líneas de igual temperatura, *isotermas*, e indicar con exactitud el grado de las pendientes.

El *geógrafo* y el *químico* deben estudiar el origen de todos los terrenos, analizar y dosificar sus componentes, y proponer las mezclas más a propósito para cada género de cultivo.

El *hidrólogo* debe buscar los manantiales ocultos, apreciar el caudal de todas las aguas, medir su velocidad, trazar los canales de riego, preparar todo el sistema arterial y venoso en toda la cuenca hasta su desembocadura en el llano o en el mar.

El *ingeniero* debe construir los canales, los puentes, los caminos de explotación, las máquinas de vapor, las presas y todo el inmenso mecanismo de los terrenos de cultivo.

Los *agrónomos*, por fin, débense ocupar de los abonos y de las siembras y plantaciones. Si una parte del terreno se ha de plantar de bosques para que dé el máximo de productos, será cubierta de árboles; si otra parte es más a propósito para los cereales, las viñas, las plantas forrajeras, los árboles frutales o la hortaliza, se destinará a las plantas cuyo desarrollo pueden favorecer las condiciones del suelo, de las aguas y del clima, y es menester que los *estadísticos*, los *economistas* y los *industriales*, encargados del transporte, se ocupen de averiguar si tal o cual cultivo, demasiado extendido ya en otra comarca, corre el riesgo de ser en extremo abundante, y de si sería preferible sustituirlo con otra producción más útil a los intereses de la sociedad.

La agricultura, de este modo practicada, exige el concurso de todos; todas las fuerzas intelectuales de-

ben ser empleadas en hacer que el dominio común del hombre sea lo más productivo posible.

Obrando de tal manera, la producción aumentará de un modo sorprendente, como lo prueban los resultados del cultivo industrial en las extensas haciendas de los agrónomos ingleses.

La grande industria, ayudada por la ciencia, ha concluido con la pequeña industria; la grande agricultura no puede menos de dar fin de la pequeña.

¡Manos a la obra, campesinos! Si deseáis ser libres, si no queréis sufrir la suerte del peón o del esclavo, apresuraos, aun estáis a tiempo, ¡mañana tal vez sea tarde! ¡Asociáos, uníos todos para poseer en común la tierra, antes que la banca se apodere de ella! ¡Ayudad al obrero a ser dueño de sí mismo, que él os ayudará a su vez a emanciparos! ¡Convenceos de que vuestra causa y la suya son una!

No quiero terminar sin recordaros una anécdota que cuenta la friolera de más de dos mil años.

Cuando Epaminondas hacía edificar la ciudad de Megalópolis en el centro del Peloponeso, sus futuros habitantes pidieron a Platón que les dotara de leyes modelo.

—Con mucho gusto — dijo el filósofo. — Mas, ¿habrá propietarios entre vosotros?

—Claro que sí — se le contestó. — Cada cual tendrá su campo y podrá cercarlo.

—Entonces, inútil es que os dé leyes. Edificad vuestra población. Otros se encargarán de arrasarla sin que vosotros sepáis defenderos.



Marte llama a Vulcano, es decir al trabajador, para que le secunde en la obra de la guerra, y el trabajador le ha escuchado hasta aquí produciendo armas y municiones para el propio exterminio. ¿Será siempre así?

EDUARDO MILANO

EL PRIMER PASO HACIA LA ANARQUIA

III

EL GOBIERNO

Apenas un dado número de hombres libres subyugaron a otros hombres y crearon la ley que sancionaba en los vencedores el derecho a mandar, y en los vencidos — esclavos — el deber, la obligación de obedecer, nació el gobierno, que significa opresión de los fuertes sobre los débiles, clase de ricos y de desposeídos, de explotadores y de explotados, de amos y de siervos.

"El Estado-gobierno, dice Spencer, se ha formado por la opresión y para la opresión".

Varios fueron con el andar del tiempo los nombres y las formas tomadas por el gobierno, pero su esencia no cambió nunca.

Hoy más que nunca la palabra gobierno significa el género humano dividido en conventículos de privilegiados que con el pretexto de una necesidad de gobierno, explotan la gran masa del pueblo sometida

a ellos política y económicamente (1); hoy más que nunca significa desigualdad de condición, guerra, opresión, antagonismo de intereses, explotación de clase, miseria del pueblo.

El gobierno soy yo, yo, el capital, la patria — puede decir la burguesía parodiando a Luis XIV.

Es verdad.

¿Quién gobierna actualmente, quién hace las leyes y quién las mantiene en vigor con la fuerza? La clase burguesa.

¿En favor de quién sanciona el privilegio dichas leyes? En favor de la clase burguesa.

El gobierno, el sumo representante de los privilegios burgueses, como la religión, halla la fuerza moral que lo sostiene, en la ignorancia, en el prejuicio, en el embrutecimiento del pueblo. Halla la fuerza material en la jerarquía de un ejército de esbirros, jerarquía que parte del ministro del interior y baja poco a poco hasta el prefecto, el jefe de policía, el comisario, el juez, el pretor, el carabinero, el polizonte, el guardia cárcel, el espía.

Al lado de este ejército mercenario en las grandes ocasiones, cuando el pueblo hace oír el grito desgarrante del hambre reclamando el derecho a la existencia y amenaza quebrantar las propias cadenas, el gobierno, al lado de la guardia de seguridad, al delegado, hace formar el soldado, el cual como esbirro, por la fuerza, es obligado a disparar el arma homicida contra los propios hermanos de sangre y de desventura.

Hemos dicho que los socialistas legalitarios, derribados los presentes gobiernos, quisieran formar de inmediato otro; hemos dicho también que el gobierno socialista llegaría al colmo de la centralización y del despotismo.

En efecto, ¿cuál es el colmo de la ambición a que puede llegar un emperador, un rey, un presidente de república, un papa?

La avidez de querer mandar sobre los pueblos de todo el mundo, y no sólo eso, sino también el deseo de ser dueños de sus cuerpos.

Ahora bien, pongamos en lugar del gobierno socialista, un emperador, un rey, un presidente de república; dejemos que aquellos se creen un partido de cointeresados en aquellos que están en el pesebre de la administración, y esta nueva clase de privilegiados reducirán el mundo a un cuartel de esbirros.

Pongamos en el lugar de un gobierno socialista a un papa y convertirá el globo en un convento.

La *Opinione* de Roma, periódico burgués, monárquico, constitucional, conservador del agua más bella, que se profesa socialista, en un artículo escrito en ocasión de la muerte del cardenal Manning, escribió que había que tener en cuenta el hecho que "el socialismo se convierte en instrumentum regni" Es la palabra de orden de la burguesía.

Pero el nuestro será un gobierno de pueblo, nos dicen ciertos obreros engatusados por los socialistas legalitarios.

Se les responde:

Sobre mil administradores y directores de sociedades obreras, de consumo, de socorros mutuos, etc., ¿cuántos individuos se encuentran que no abusan de sus cargos para cometer abusos?

Y adviértase que están bajo el continuo y directo control de los propios compañeros, entre los cuales fueron elegidos como los mejores.

Dígase también.

¿Qué sería de un gobierno socialista cuando sus miembros estuviesen lejos de todos, por encima de todos? ¿Cuándo tuviesen la facultad de hacer leyes, cuando existiese además el dinero — bono de trabajo — corrosivo de las mejores conciencias?

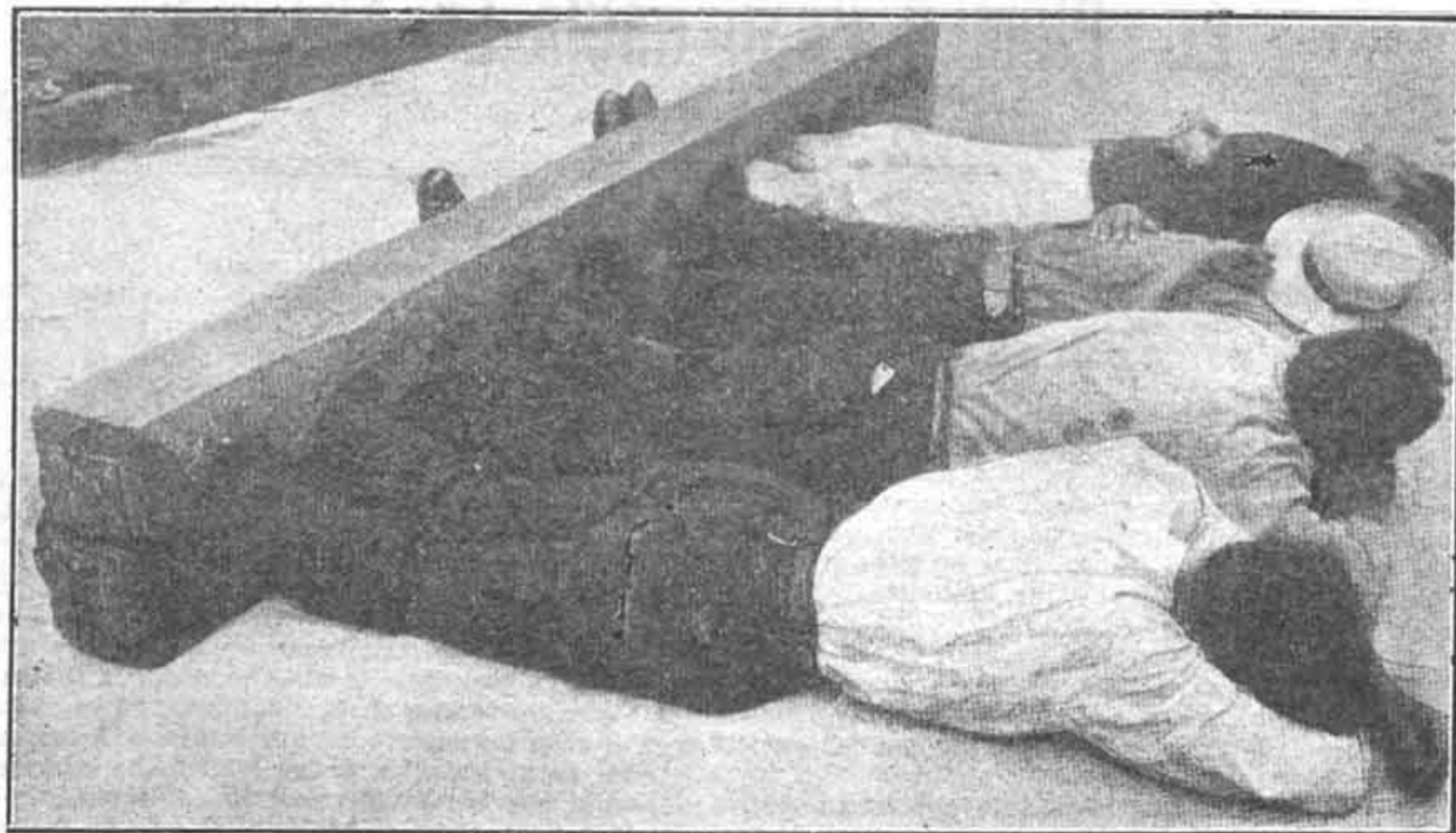
Escribió Proudhon:

"Yo no creo de ningún modo en esta institución adivinatoria de la multitud, que le haría discernir al primer golpe el mérito y la honorabilidad de los candidatos. Abundan los ejemplos de candidatos electos por aclamación y que, sobre los tapices donde se ofrecían al pueblo embriagado, preparaban ya la trama de sus traiciones. Y es mucho sí, sobre diez pícaros el pueblo encuentra en sus comicios un hombre bueno..."

"Pero ¿qué me importan, una vez más, todas esas elecciones? ¿Qué necesidad tengo de mandatarios y de representantes? Si es preciso que exprese mi voluntad, ¿no puedo expresarla sin el socorro de alguno? ¿Me costará más, y no estoy más seguro de mí que de mi abogado?" (2).

¿Tal vez no nos enseñan nada, propiamente nada,

COSAS QUE SE VEN TODAVIA



Fotografía de un grupo de presos en el cepo (Costa Rica)

las continuas apostasias de los obreros repúblicanos o socialistas que subieron al gobierno? ¿No nos enseña nada la historia con la dictadura de un Napoleón I, con el golpe de Estado de un Napoleón III, con la constitución tantas veces jurada y perjurada del cuarenta y ocho en adelante, por reyes, duques y papas? Si pusiésemos la cadena del galeoto al pie de los nuevos gobernantes, como sugería Marat, ciertamente encontrarían modo de librarse de ella y de ponerla nuevamente al cuello del pueblo.

"Anárquico es el pensamiento — dice Bovio — y hacia la anarquía va la historia". El pensamiento de cada individuo es autónomo y sin embargo todos los pensamientos de los hombres se van organizando en un pensamiento colectivo que mueve la historia...

"Hacia la anarquía visiblemente camina la historia, agotando la vitalidad del Estado-gobierno y descubriendo cada vez más la antinomia insuperable entre la existencia del poder central y la libertad del hombre.

"Justificad como queráis al Estado-gobierno, consagradlo transportando a él el dios sustraído de la iglesia, hacerlo gúelfo, gibelino, burgués, monárquico o republicano, os daréis cuenta al fin de tener en el cuello un tirano contra el cual protestaréis de continuo en nombre del pensamiento y de la naturaleza".

Del gobierno, de ese peso enorme, de esa ciudadela de la explotación, de ese instrumento de opresión, no se podrá nunca hacer caso omiso, al menos sin la realización del comunismo anárquico, que es garantía de la máxima solidaridad, libertad e igualdad.

"El gobierno, concluiré con Engels, no data de la eternidad. En un cierto grado de desarrollo económico, el gobierno se convierte en una necesidad por la división de la sociedad en clases — ricos y pobres, explotados y explotadores.

Ahora nos encaminamos rápidamente a un grado de desenvolvimiento económico en que la existencia de estas clases, no sólo ha cesado de ser una necesidad, sino que se convierte en un obstáculo efectivo para la producción.

Las clases caerán inevitablemente como surgieron. Con ellas cae también inevitablemente el Estado-gobierno.

La sociedad que reorganiza la producción sobre la base de la asociación libre e igualitaria de los productores, relega el antiguo mecanismo del Estado-gobierno al museo de las antiguallas, junto con la rueda de hilar y con el hacha de bronce".

LAS LEYES

El gobierno — reyes, presidentes, ministros, diputados, senadores — hace las leyes, hemos dicho, y piensa en hacerlas ejecutar.

Es importante, pues, saber qué es lo que son esas leyes, qué es lo que valen y qué razón tienen de existir.

Oigamos a Proudhon, el padre de la anarquía, al respecto:

"Bajo la impaciencia de los pueblos o la inminencia de la revuelta el gobierno ha debido ceder, ha prometido instituciones y leyes, ha declarado que su más ferviente deseo era que cada cual pudiera gozar del fruto de su trabajo, a la sombra de su parra y de su higuera. Era una necesidad de su posición. Aunque en los hechos se presentaba juez de derecho, árbitro soberano de los destinos, no podía pretender conducir los hombres según su capricho.

"Rey, presidente, directorio, comité, asamblea popu-

lar, no importa, hacen falta al poder reglas de conducta; sin eso ¿cómo proveería a establecer entre sus súbditos una disciplina? ¿cómo se conformarán los ciudadanos al orden, si el orden no se les notifica, si apenas se les notifica es revocado, si cambia de un día al otro y de hora en hora?

"Por tanto, el gobierno deberá hacer leyes, es decir imponerse a sí mismo límites; porque todo lo que es regla para los ciudadanos se convierte en límite para el príncipe-gobernante. Hará tantas leyes cuantos intereses encuentre: y como los intereses son innumerables, y las relaciones que nacen unos de otros se multiplican al infinito, y el antagonismo no tiene fin, la legislación deberá funcionar continuamente. Las leyes, los decretos, los edictos, las ordenanzas, las decisiones, caerán como granizo sobre el pueblo. Después de un cierto tiempo el terreno político será cubierto por un estrato de papel que los geólogos registrarán bajo el nombre de *formación papelesca* en las revoluciones del globo. La Convención en tres años, un mes y cuatro días, produjo once mil seiscientas leyes y decretos. Actualmente (1887) el *Boletín de las leyes* contiene más de cincuenta mil; si los gobernantes cumplieren con su *deber*, esa cifra enorme sería bien pronto redoblada.

¿Creéis que el pueblo y el gobierno mismo se hallan en ese océano?

Ciertamente, he nos aquí ya lejos de la institución primitiva. El gobierno ejerce, se dice, en la sociedad el puesto de padre; ahora bien, ¿qué padre pensó nunca en hacer un pacto con su familia? ¿presentar leyes a los propios hijos? ¿dividir sus poderes de los maternos? El padre de familia es inspirado, en su gobierno, por su corazón; no toma el bien de sus hijos, los alimenta con el propio trabajo; guiado por su amor, no se aconseja más que por el propio interés de los suyos y por las circunstancias; su ley es su voluntad, y todos, madre e hijos, se confían a él.

El pequeño Estado estaría perdido si la acción paterna encontrase la más mínima oposición, si fuese limitada en sus prerrogativas y determinada anticipadamente en sus efectos. ¿Y qué? ¿sería, pues, verdad que el gobierno no es un padre para el pueblo, puesto que se somete a reglamentos, puesto que transige con los propios súbditos y se convierte en el primer esclavo de una razón que, divina o popular, no es la suya?

Si la cuestión se plantea en estos términos, yo no veo la razón por la cual deberé someterme a la ley. ¿Quién me garantiza su justicia y su sinceridad? ¿De dónde me viene? ¿Quién la ha hecho?

Rousseau enseña en estos términos apropiados que en un gobierno verdaderamente libre, el ciudadano, al obedecer a la ley no obedece más que a la propia voluntad.

Ahora bien, la ley ha sido hecha sin mi participación, a pesar de mi disenso absoluto, a pesar del daño que me hace sufrir.

El Estado-gobierno no trata conmigo; no cambia nada conmigo; me impone tributos. ¿Dónde está, pues, el ligamen de razón y de interés que me obliga?

Pero ¿qué digo? ¡Leyes a quien piensa por su cuenta y no debe responder más que de sus propios actos! Estoy pronto a tratar, pero no quiero leyes; yo no reconozco ninguna; protesto contra todo orden que se complazca un poder de pretendida necesidad imponer a mi arbitrio. ¡Leyes! Se sabe lo que son y lo que valen. Telas de araña para los poderosos y los ricos; cadenas que ningún acero podría romper,

EL GARROTE MODERNO



(Dibujo de William Siegel).

para los pequeños y los pobres; armas en manos del gobierno.

Decís que se harán *pocas leyes*, que se harán *sencillas*, que se harán *buenas*. Pero esto es imposible. ¿No debe el gobierno regular todos los intereses, juzgar todas las divergencias?

Ahora bien, los intereses son, por la naturaleza de la sociedad, innumerables; las relaciones variables y móviles hasta el infinito.

¿Cómo es posible hacer pocas leyes? ¿Cómo podrían ser sencillas? ¿Cómo no habría de ser pronto detestable la mejor ley?

También esta es una concepción.

Si confiesa así sus errores el gobierno es muy culpable. Sin duda para instrucción del legislador y edificación del pueblo, hará grabar en la fachada del palacio legislativo, este verso latino que había escrito un cura de Borgoña sobre la puerta de la propia cantina, como advertencia de su celo báquico: "Pastor ne noceant hibe pauca, sed optima vina! (A fin de que no te hagan mal, bebe pocos pero buenos vinos).

¿De las leyes pequeño número, pero excelentes! Pero esto es imposible! El gobierno ¿no debe regular todos los intereses, juzgar todas las divergencias? Ahora bien, los intereses son innumerables dada la naturaleza de la sociedad, las relaciones variables y móviles hasta el infinito.

¿Cómo es posible hacer pocas leyes? Se habla de simplificación. Pero si se puede simplificar en un punto, se puede simplificar en todos. En cambio de un millón de leyes, una sola basta.

¿Cuál será esa ley?

No hagas a los otros lo que no quieres que se te haga a tí, y haz a los demás lo que quieres que se te haga. He aquí la ley y los profetas! Pero es evidente que no es ya una ley; es un fórmula elemental de la justicia, es la regla de todas las transacciones (3). La simplificación legislativa nos lleva por tanto a la idea del contrato, por consiguiente a todas las antinomias de la sociedad; si es consentida y querida por todos es adecuada al contrato social. Al promulgarla proclamáis la negación del gobierno" (Proudhon, obra citada).

LEY MORAL NATURAL

La ley moral natural es el conjunto de los deberes generales, recíprocos, que se imponen a toda especie de animales que viven en sociedad, y sin cuyos deberes una asociación no podría subsistir.

"La vida en sociedad sería totalmente imposible sin su correspondiente desenvolvimiento de sentimientos sociales y especialmente de un cierto sentimiento colectivo de justicia que se convierte luego en un hábito.

"Si cada individuo abusase continuamente de sus ventajas personales, sin que los otros intervengan en favor de los ofendidos, ninguna vida social sería posible. Los sentimientos de justicia se desarrollan más o menos en todos los animales gregarios. De cualquier distancia que vengan las gofondrinas o las grullas, cada cual vuelve al nido que ha hecho o preparado en el año precedente. Si un pájaro haragán trata de apropiarse del nido de un compañero, o le roba algunas pajillas, la muchedumbre interviene contra él" (Kropotkin).

El sentimiento de justicia es un hecho altamente moral.

Muchos son los hechos que comprueban el desen-

volvimiento del sentido moral en los animales.

Las abejas, por ejemplo, trabajan y consumen en común libremente asociadas. De cada una según las propias fuerzas, a cada una según las propias necesidades. Y la libre asociación, la cooperación y la solidaridad perfecta, el comunismo en todo el sentido de la palabra, con la resultante de los inmensos beneficios. Así las hormigas.

Las cigüeñas alimentan a sus padres envejecidos, lo que indujo a Sofocles a clasificarlas entre los pájaros virtuosos.

Darwin cita, entre otros hechos, el heroísmo de un chimpancé que, casi bajo los dientes de una trahilla de perros ladrando, fué a tomar y llevó triunfalmente, con peligro de la propia vida, un monito que se había resbalado en la roca e iba a ser despedazado.

Ahora bien; el apoyo mutuo, la solidaridad, el altruismo, la simpatía, lo mismo que el sentimiento de justicia son hechos bien morales (v. B. Malón en *La Revue sociale*, N.º 8, t. 2, año 1885).

Siendo la ley moral un fenómeno de la vida social, y estando la vida social en vías de continuo progreso, ocurre que la moral sufre constantemente las mismas modificaciones progresivas.

Por consiguiente ¿hay algo más absurdo que la afirmación de los teólogos que quisieran hacer creer que la moral es un donativo inalterable de su dios, como regla de conducta?

Los gobiernos y las religiones que tuvieron la torpe pretensión de fosilizarla en los códigos civiles y religiosos, se vieron forzados constantemente a modificarlos.

En efecto la historia de la humanidad es una lucha continua de pueblos que se levantaron en nombre de los progresos de la ley moral, contra gobiernos y religiones que han hecho su tiempo; es una sucesión, una modificación sin cesar de tiranías políticas, económicas y religiosas.

Así, del gobierno absoluto ha surgido el constitucional, del culto hebraico el cristianismo; los esclavos fueron llamados sucesivamente siervos de la gleba, asalariados; desaparecieron los instrumentos de tortura, la libertad de pensamiento se impuso.

Hoy el progreso social nos conduce abierta y vertiginosamente al comunismo anárquico, y dá un impulso enorme a la ley moral natural.

Una moral completamente nueva desarrollándose en los bajos fondos sociales; moral toda amor y justicia, por la cual millones de desheredados, dándose la mano por encima de las fronteras, se proclaman hermanos, reclaman enteramente la parte de los bienes que les corresponden en el banquete de la vida e imprecán contra toda forma de opresión.

En nombre de la ley moral natural, ha comenzado ya la lucha decisiva que debe irrevocablemente poner fin a toda ley positiva, a todo vestigio de tiranía, de egoísmo. Lucha encarnizada, tremenda, extrema, que nos prepara una era nueva de paz y de justicia.

El día que el despotismo el privilegio, la explotación, la corrupción, la baja envidia, la superstición degradante, la hipocresía, el gazarismo acumulados desde hace millares de años por poderes civiles y religiosos no tengan más razón de ser, desaparecerán; — la ley natural adaptada a un ambiente enteramente propio, enteramente nuevo, vivificada por el rayo purísimo de la verdadera justicia, dará frutos que hoy el pensamiento humano está lejos de prever.

"Cread circunstancias, dice Kropotkin, en que el hombre no tenga que mentir, que engañar, que ex-

plotar a los otros, y el nivel moral de la humanidad por la fuerza misma de las cosas se elevará a una altura hasta ahora desconocida.

"La moral pasada al estado de espontaneidad.

"He ahí la moral verdadera, la única que queda siempre, mientras las religiones y los sistemas filosóficos pasan".

Aquel día para el régimen de la humanidad unida por el pacto sublime de solidaridad y fraternidad universal, en lugar de las leyes positivas, — civiles y religiosas —, bastará la eterna ley moral natural, la moral anarquista.

(1) De dos modos se oprime a los hombres: directamente, con la fuerza bruta, con la violencia física, sustrayéndolos a sus medios de subsistencia y reduciéndolos así a discreción. El primer modo es el origen del poder, es decir del privilegio económico; el segundo es el origen del poder, es decir del privilegio político (Malatesta, La Anarquía).

(2) Los partidos han calificado como malos ciudadanos a estos sabios y graves filósofos de los intereses materiales — anarquistas abstencionistas en las elecciones políticas — que no se mezclaban en las saturnales de la intriga; los partidos tienen horror a la inercia política, metal sin poros sobre el cual ni puede morder ninguna dominación. Es tiempo de tener en cuenta a esos legendarios de la abstención, porque es en ellos donde reside la democracia; es en ellos donde reside la libertad, tan exclusivamente, tan absolutamente que esa libertad no será conquistada para la nación más que el día en que el pueblo entero imite su ejemplo.

Para dilucidar mi demostración tengo que examinar dos cosas.

En primer lugar ¿cual es el objeto del voto político?

En segundo lugar ¿cual debe ser inevitablemente su resultado?

El voto político tiene un doble propósito: el uno directo, el otro indirecto. El primer propósito del voto político es constituir el poder; el segundo es, una vez constituido el poder, hacer libres a los ciudadanos y reducir las cargas que pesan sobre ellos; y además hacerles justicia.

Tal es, si no me engaño, el objetivo confesado del voto político en sí mismo. Por tanto, yendo a votar y por el solo hecho de su voto, el elector confiesa ya que no es libre y trasmite al que él elige la facultad de libertarlo; confiesa que es perjudicado y admite que el poder electo tiene la potencia de indemnización; declara querer, ver establecida la justicia y concede a su delegado plena autoridad para juzgarlo.

Muy bien. Pero reconocer a uno o más hombres el poder de libertarme, de indemnizarme, de juzgarme, ¿no es poner fuera de mí la propia libertad, mi destino, mi derecho? ¿No es admitir formalmente que ese o esos hombres que pueden libertarme, indemnizarme, juzgarme no sólo quedan dueños de oprimirme, de arruinarme, de juzgarme mal, sino también que están en la imposibilidad de proceder de otro modo, dado que al ponerlos en lugar de todos mis derechos, yo no tengo ya derechos, y que al proteger el derecho no tienen que proteger más que a sí mismos?

Si yo pido algo a alguno, admito que este alguno tiene lo que yo le pido, pues sería absurdo que yo hiciera una petición para obtener lo que está en po-

sesión mía. Si yo tuviese el uso de mi libertad, de mi fortuna, de mi derecho, no iría a pedirlos al poder. Si los pido al poder es probablemente porque es su poseedor y, si es su poseedor, no veo qué lección debe recibir de mí relativamente al empleo que juzgo oportuno hacer de ellos.

¿Pero de qué modo se encuentra el poder en posesión de lo que me pertenece? ¿De quién lo ha tenido? El poder, tomando por ejemplo el que tenemos, se compone del señor Bonaparte que, sólo ayer, era un pobre proscrito sin mucha libertad y con menos dinero que libertad. De setecientos cincuenta Júpiteres tonantes, que vestidos como todos los demás y no mejor que nosotros, me atrevo a decirlo; de siete u ocho ministros y de sus adeptos, la mayor parte de los cuales antes de sacar la cola del preventivo, sacaban la del diablo con tanta obstinación al menos como el primer venado entre los escribas a tanto la línea; ¿cómo es que esos pobres miserables de ayer son mis amos de hoy?

¿De quién han tenido estos señores el poder en cuyo seno habéis colocado toda libertad, toda justicia? ¿De quién es la causa de las persecuciones, de las imposiciones y de las iniquidades bajo las cuales gemimos todos? De los votantes, evidentemente.

La Constituyente que ha comenzado a abrir el baile, el señor Bonaparte que ha continuado la instrumentación, la Legislativa que ha venido a reforzar la orquesta, todo eso no se ha hecho por sí mismo. No, todo eso es el producto del voto. A los que han votado la responsabilidad de lo que se ha hecho y de lo que sigue haciéndose.

Esa responsabilidad no la aceptamos, nosotros, demócratas del trabajo y de la misma abstención; id a buscar en otra parte, no en nosotros, la solidaridad con las leyes opresivas, con los reglamentos inquisitoriales, con los degüellos, con las ejecuciones militares, con los encárcelamientos, con las deportaciones con la crisis inmensa que aplasta al país. Id, maniacos del gobierno, a golpear vuestro pecho y a prepararos para el juicio de la historia. Nuestra conciencia está tranquila. Es ya demasiado que por un fenómeno que repugna a toda lógica, tengamos que sufrir un yugo que vosotros solos habéis fabricado. Es ya demasiado que, con vuestra libertad, se haya ido la nuestra. Y también es demasiado el que hayáis dado, junto a lo que os pertenece, lo que debía ser inviolable y sagrado: ¡la libertad y la fortuna ajenas! (v. L'anarchie c'est l'ordre, cap. II, de A. Bellegarrigue, París 1850).

(3) Es el principio de justicia sobre el que se apoya de modo particular la ley moral natural, principio que se impone a la conciencia de los hombres todos, independientemente de los tiempos, de los lugares, de los usos y costumbres. Todos los gobiernos y todas las religiones lo han puesto en el frontispicio de sus códigos civiles y religiosos, y sin embargo religiones y gobiernos fueron siempre su negación.

¿Por qué?

Porque es precisamente la negación, la condena de toda ley positiva, de toda autoridad divina y humana.



BIBLIOGRAFIA

ALVARO YUNQUE. — Barrett, su vida y su obra. Un vol. de 54 págs. en 8°. Editorial Claridad, Buenos Aires. Precio, 0.20 cts.

Alvaro Yunque había escrito ya hace un par de años un artículo para una revista brasileña, reproducido también en estas columnas, sobre Rafael Barret. Aquel artículo, el primero que hemos conocido de este compañero sobre temas críticos, ha gustado muchísimo. Se estimaba y valoraba tan justamente a Barret, se hacía de éste un retrato tan fiel y tan persuasivo que en nuestro fuero íntimo habríamos deseado que el artículo se transformase en un libro. El libro no ha llegado todavía, pero tenemos a la vista un hermoso folleto que no desmerece en nada del artículo originario; en cambio nos describe con más detalles la personalidad del autor de "El Dolor Paraguayo" y nos hace anhelar que el folleto de hoy se convierta en un libro más completo aún algún día. Mientras tanto, vale la pena recomendar a todos los anarquistas la lectura de este folleto, tanto por la individualidad que pinta como por el estímulo que dá para la lectura de las obras de tan excelso escritor y pensador.

EUGENIO NAVAS. — La Guerra. Drama en tres actos. 46 págs. 0.25 cts. Bs. Aires.

El compañero Navas ha dado a luz una nueva obrita de teatro. Su texto es ornado con grabados antimilitaristas tomados de esta revista y que embellecen la presentación. No somos técnicos teatrales y por consiguiente no podríamos juzgar este ensayo de Navas desde el punto de vista escénico, pero la obra se presta para la propaganda antimilitarista y en tal concepto le deseamos el mayor éxito y recomendamos su divulgación.

ELEVACION. Publicación ecléctica mensual. Año I, N.º 1, Marzo de 1929. (Red. y Adm. Juan Raggio, Olaya 1754, Buenos Aires).

Una revista de literatura libertaria, de fragmentos selectos, de bibliografía anarquista, de arte, bien impresa. El número suelto vale diez centavos, los 12 números un peso. Siendo un esfuerzo en favor de una humanidad mejor, no podemos menos de desearle larga vida.

IMPULSO. Revista mensual, febrero de 1929. N.º 9, Punta Alta, F. C. S.

Una obra de información y de cultura revolucionaria

"La Protesta,"

Diario de la mañana

Fundado en 1897

Crítica informativa diaria. La actitud de los anarquistas ante los diversos problemas económicos, políticos y sociales cotidianos.

Informaciones directas sobre el movimiento obrero revolucionario del país y del extranjero.

Colaboradores en los diversos países.

El número suelto: 0.10 cts.

Suscripción mensual, incluso el SUPLEMENTO quincenal, \$ 2.50.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA A NOMBRE DE MARIANO TORRENTE: — CALLE PERÚ N.º 1537. — BUENOS AIRES — REPÚBLICA ARGENTINA

LA PROTESTA

SUPLEMENTO QUINCENAL

Fundado en 1921

Concreta en sus 32 páginas el pensamiento anarquista internacional. Los más brillantes escritores del anarquismo colaboran en él. Publicación de historia, crítica y exposición de las ideas anarquistas. Literatura, arte, resumen bibliográfico.

El número suelto, \$ 0.20 cts.

Suscripción trimestral, \$ 1.50.

Annual, \$ 5.—

EDITORIAL

"La Protesta"

Fundada en 1922

Una obra de cultura revolucionaria y no una empresa comercial. Es el primer ensayo anarquista para la edición sistemática de la propia literatura.

Todo obrero deseoso de cultivar su espíritu encontrará en nuestras ediciones algo que le interesará. — Solicitense catálogos. Se atiende cualquier pedido de libros y folletos.

Libros y folletos publicados por la Editorial LA PROTESTA

MAX NETTLAU.—

"Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España" 1886-1873	\$ 0.50
Edición especial, papel pluma	" 1.—
Encuadernado en tela	" 2.50
"Errico Malatesta". — La vida de un anarquista. Traducción de Diego Abad de Santillán	" 1.20
Edición especial, papel pluma	" 2.—
Encuadernado en tela	" 3.50
"Fernand Pelloutier y el sindicalismo"	" 0.15

RUDOLF ROCKER.—

"Johann Most, la vida de un rebelde". Prólogo de A. Berkman. Dos tomos. Precio de cada tomo	" 1.50
"La maldición del practicismo"	" 0.10

RUDENKO.—

"En Ucrania. — La sublevación popular y anarquista". — Trad. del ruso por J. Company	" 0.15
--	--------

JAMES GUILLAUME.—

"Miguel Bakunin" (Noticia biográfica)	" 0.20
---	--------

MIGUEL BAKUNIN.—

(Obras Completas)

I "La Revolución Social en Francia". — Tomo primero. Prólogo de Max Nettlau. Traducción de D. Abad de Santillán	" 1.50
II "La Revolución Social en Francia". — Tomo segundo. Prólogo de Max Nettlau	" 1.50
III "Consideraciones filosóficas". — Prólogo de Max Nettlau	" 1.50
IV "Dios y el Estado". — Prólogo de Max Nettlau	" 1.50
Los mismos, encuad. en tela ..	" 3.50

ERRICO MALATESTA.—

"Anarquía"	" 0.20
"En el Café". — Traducción de D. A. de Santillán. Prólogo de L. Fabbri ..	" 0.30
"En Tiempo de Elecciones"	" 0.10

PEDRO KROPOTKIN.—

"Palabras de un Rebelde"	" 1.—
"Conferencias. I) El Estado, su rol histórico. — El Estado Moderno" ..	" 0.50
Encuadernado en tela	" 1.50
"A los jóvenes"	" 0.10

LUIS FABBRI.—

"Cartas a una mujer sobre la anarquía"	" 0.50
Encuad. en tela	" 1.50
"Influencias burguesas sobre el anarquismo"	" 0.20

C. LOMBROSO y R. MELLA.—

"Los anarquistas" (Estudio y réplica) ..	" 1.—
--	-------

NIDO, ROCKER y NEMO.—

"Nacionalismo y anarquismo"	" 0.20
-----------------------------------	--------

SEBASTIAN FAURE.—

"Mi Comunismo" (La felicidad universal)	" 2.—
Encuadernado en tela	" 3.50
"Temas Subversivos"	" 1.50

También se vende en folletos, a 10 centavos cada uno, con los siguientes títulos:

La falsa redención. — La dictadura de la burguesía. — La patria de los ricos. — La podredumbre parlamentaria. — La moral oficial y... la otra. — La mujer. — El niño. — Las familias numerosas. — Los oficios odiosos. — Las fuerzas de la revolución. — La conmoción revolucionaria. — La verdadera redención.

J. DEJACQUE.—

"El Humanisferio". — Prólogo de Max Nettlau y Eliseo Reclus	" 0.50
---	--------

WILLIAM MORRIS.—

"Noticias de ninguna parte"	" 1.—
-----------------------------------	-------

NICOLAI GOGOL.—

"Almas Muertas" (2 tomos)	\$ 2.—
---------------------------------	--------

ELISEO RECLUS.—

"A mi hermano el campesino"	" 0.10
"La anarquía y la iglesia"	" 0.10

JUAN CRUSAO.—

"Carta Gaucha". 7.ª edición	" 0.10
-----------------------------------	--------

D. A. DE SANTILLAN.—

"La jornada de seis horas". — Sobre el desenvolvimiento técnico y su influencia en el mercado del trabajo ..	" 0.10
--	--------

AGUSTIN SOUCHY.—

"La Ucrania revolucionaria". (Resultado de un viaje de estudio desde el mes de abril a octubre de 1920) ..	" 0.30
--	--------

S. RADOWITZKY.—

"La voz de mi conciencia"	" 0.10
---------------------------------	--------

VARIOS.—

"Certamen Internacional de LA PROTESTA". — Un volumen en 4.º, encuadernado en tela	" 2.—
--	-------

ANSELMO LORENZO.—

"El derecho a la evolución"	" 0.10
-----------------------------------	--------

ANA M. MOZZONI.—

"A las hijas del pueblo"	" 0.10
--------------------------------	--------

JOHANN MOST.—

"La Peste Religiosa"	" 0.10
----------------------------	--------